SANCHEZ

EL AGENTE DE LOS TEATROS.

COLECCION

DE

OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS,

REPRESENTADAS CON APLAUSO

EN LOS TEATROS DE LA CORTE.

¿PARA EL CORAZON NO HAY LEY?

PUNTOS DE VENTA:

En Madrid:

Librería de Cuesta, calle Carretas. Librería de Bailly-Bailiere, calle del Príncipe.

En Provincias:

En casa de los comisionados del AGENTE DE LOS TEATROS.

6

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS QUE CORRESPONDEN Á LA ADMINISTRACION Á CARGO DE D. JOSÉ MAYQUEZ.

ZARZUELAS.

DE UN ACTO.

Al amanecer, M.
A última hora, M.
Casado y soltero, M.
Donde las dan las toman. L. y M.
El amor y el almuerzo, M.
El estreno de una artista, L. y M.
El Lancero, M.
El Vizconde, M.
Escenas en Chamberí, M.
Gato por liebre, M.
Gracias á Dios que está puesta la mesa, M.
La Cabaña, L. M.
La Cotorra, M.
Los dos ciegos, M.
Mentir á tiempo. L.
Por conquista, M.
Un caballero particular, M.
Un pleito, M.
Una tempestad en América, L. y M.

DE DOS ACTOS.

Bethy, L. y M.
El Marqués de Caravaca, L. y M.
El robo de las Sabinas, M.
La cola del diablo, M.
Todos locos, L. y M.

DE TRES Ó MAS ACTOS.

Amar sin conocer, M.
Catalina, M.
D. Crispin y la Comadre, L. y M.
D. Procópio, L. y M.
El Conde de Castralla, L. y M.
El Diablo en el poder, M.
El Esclavo, M.
El hijo del Regimiento, L. y M.
El Jnramento, M.
El Planeta Venus, L.
El Relámpago, M.
El Sargento Federico, M.
El Secreto de la Reina, L. y M.
El Sueño de una noche de verano, M
El Valle de Andorra, M.
Entre dos aguas, M.
Estebanillo, L. y M.
Fra-Diávolo, L. y M.
Fra-Diávolo, L. y M.
Galanteos en Venecia, M.
Jugar con fuego, L. y M.
La Cantinera de los Alpes, L. y M.
La cisterna encantada, L. y M.
La espada de Bernardo, M.
La Giralda, L. y M.
La Maga, L. y M.
La Sirena, L. M.
Los Comuneros, M.
Los Diamantes de la corona, M.
Los Expósitos, L. y M.
Los Magyares, M.
Los Mosqueteros de la Reina, L. y
Mis dos mujeres, M.
Un dia de reinado, M.

De las obras que van marcadas con la inicial M, *pertenece solo la músi á esta Administracion, y las que llevan* L *y* M *corresponden á la misma libreto y la música.*

¿PARA EL CORAZON NO HAY LEY?

DRAMA DE COSTUMBRES,

EN TRES ACTOS Y UN PRÓLOGO, EN VERSO Y PROSA,

ORIGINAL DE

Don José Sanchez y Albarran.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRAS

N.º de la procedencia

MADRID, 1859,
IMPRENTA DE C. GONZALEZ,
PELAYO, 26.

PROLOGO.

724599

PERSONAGES DEL PRÓLOGO.

LA BARONESA DEL SILLAR.
ALBERTO.
DON CÁRLOS.
ARTURO.
ANSELMO.
GUILLERMO. (*Jokey.*)

CRIADOS Y DONCELLAS DE LA BARONESA.

La escena figura los acontecimientos de 1800.

Gabinete ricamente adornado: salon de dos puertas al fondo. La de la derecha comunica al esterior, y dá vista á un corredor adornado con grandes cuadros al óleo. La de la izquierda abre á un dormitorio de frente al público, y presenta en su fondo una elegante cama colgada de blanco y carmesí. En medio de las dos puertas del fondo, chimenea de piedra, y encima un espejo de gran tamaño, delante un elegante reló de figuras de bronce. En el primer término derecha, ventana ojiva con cristales de colores, debajo un pupitre de ébano con libros, albunes y periódicos, timbre y efectos de escritorio: encima del pupitre dos macetas de china con flores. En primer término izquierda, biblioteca elegante con buenas encuadernaciones. En la pared que dejen libre los segundos términos de derecha é izquierda, trofeos con diversidad de armas antiguas y modernas, avíos de caza, etc. Cubre el pavimento del gabinete una arabesca alfombra: butacas y divanes forman la silleria. En la habitacion dormitorio se vé una mesa de noche con tapa de piedra y una lamparita de china y pilita de agua. En medio de la escena un hermoso velador con tapa de piedra y tallado de oro. Delante de la cama una piel de tigre. El velador contiene parte de una bajilla de cristal de roca con despojos de una espléndida merienda..—Botellas de champaña y copas de cristal tallado.—Alumbra este cuadro una caprichosa lámpara con grandes bombas blancas y una llama sola en el centro, y que sostiene como una barquilla una bomba de cristal con peces de colores.

PRÓLOGO.

ESCENA PRIMERA.

ALBERTO.—ARTURO.—DON CÁRLOS.—ANSELMO.

Los tres primeros están bebiendo: Anselmo sirve de copero: un criado con librea está en el corredor. Los carriles o abrigos de los tres caballeros tirados indistintamente en los divanes y butacas, completan el bello y elegante desorden que reina en este aristocrático gabinete. Al alzarse la cortina, suena el reló colocado en la chimenea cuatro cuartos y diez campanadas de diferente timbre ó sonido. Los tres jovenes, sin moverse de la posicion que ocupan, ponen atencion con las copas en alto. Anselmo queda mirando fijamente y con cariño á su amo Alberto.—Pausa.—Dá el reló.—Empieza el diálogo.

ARTURO. Las diez.
ALBERT. Las diez!
CÁRLOS. Justas son.
ALBERT. Sírvenos otro manjar,
y al tiempo demos lugar
de que corra á discrecion:
¿qué nos importa la hora
que al tiempo lleva en sus alas,
si entre flores y entre galas
con risas nos enamora?
Si la vida es un portento
que maravillas promete,

den las diez, y diez y siete
campanadas al momento;
que vuelva su curso atrás,
ni que adelante el camino
ni ese reló ni el destino
podrán esplicarnos más.
Asi, horario, en conclusion
hora tras hora perdida
puedes contar de mi vida
mientras me quede ilusion.

ARTURO. (*A Anselmo.*)
Otra botella destapa
para contentar á Alberto.

CÁRLOS. Bien nos vengamos por cierto
de ese tiempo que se escapa.

ALBERT. Asi es la vida mejor;
prolonguémosla un instante,
que ese tiempo en adelante
tal vez, nos guarde un dolor.
Rica, hermosa juventud,
que duerme el lecho de flores
soñando dichas y amores
el alma en su escelsitud;
y al resbalar por su mente
esa dicha del momento,
elabora el pensamiento
el placer que el alma siente.
Antojos del corazon
que hacen engendrar la idea,
y brota y se enseñorea
formando nuestra ilusion.
Y arde la frente, señores,
y el alma en fuego se irrita,
y llora, y late, y palpita,
y juega con sus amores!..
Y ese calor escesivo
que nos acosa en el sueño,
es el amoroso empeño
por quien se vive cautivo.
Calor que nos mortifica,
que nuestra vida consume,
que se evapora en perfume,
que se siente y no se esplica!

Llama de inmenso calor,
bálsamo que narcotiza,
pasion que nos diviniza,
rico deleite de amor!
Ese es el sueño, la vida,
esa es nuestra vida, sueño.
¡Tiempo que corres risueño,
para tu planta atrevida!
¡Oye mi tierno cantar,
póstrame en sueño de amores,
y alli en mi lecho de flores
nunca llegue á despertar!

ARTURO. Bravo!

CÁRLOS. Bien!

ARTURO. Oro al cantor!

ALBERT. De este líquido la espuma
me ha inspirado en tosca pluma
rendirle culto al amor.
Dispensadle á mi oratoria
algun desatento olvido,
y el fin decid que ha tenido
vuestra interrumpida historia.

CÁRLOS. Pues ya que el tiempo nos mata,
seguiré hablando de amores,
si dán motivos, licores,
en la cuestion que se trata.
Mas no es mi cuento un pasquin,
si bien tampoco es secreto,
voy á pecar de indiscreto:
quedamos... dónde?

ALBERT. }
ARTURO. } En Turin.

CÁRLOS. Viajé gozando sin tasa,
sin horas y sin medida,
dándole ensanche á la vida
con fortuna nada escasa.
Corrí gastando caudales,
jóven y de buen humor
yo, viajero emprendedor,
por otras cien capitales;
y os juro por san Luis,
que es mi cruz de más valia,
que ya el viajar me aburria

cuando descansé en París.
Amigos me visitaron;
á parientes visité,
pues omito aquí lo que
yo hice, y cuál me obsequiaron.
Solo haré mencion de una
original caceria
con que el duque de la Ria
me obsequió por mi fortuna.

ALBERT. (*Cogiendo una copa.*)
(El duque!)

CÁRLOS. Gran adalid!

ARTURO. Os habeis juntado dos,
que para hablar... bien por Dios!

ALBERT. (*Con ansiedad.*)
Seguid, don Cárlos, seguid!

CÁRLOS. Aqui para hablar se turna,
luego te queda la vez.

ARTURO. (*Bebiendo.*)
Me gusta más el jerez.

ALBERT. (*Con mucha ansiedad.*)
Era la caza?..

ARTURO. (*Riendo.*)
Nocturna!

CÁRLOS. Nocturna, justo, así era;
y al cordinar la partida,
se quiso que en la batida
ninguno se conociera.

ALBERT. Qué rareza!

CÁRLOS. Sí que fué.

ARTURO. Y cuál objeto...

CÁRLOS. El mejor;
un capricho de señor,
que ahora mismo esplicaré.
El duque fué calumniado
en Francia por un partido;
mas reclamó perseguido
y volvió rehabilitado.
De este hecho hizo arrogancia,
segun despues nos contó,
pues dice que se vengó
casándose al año en Francia.

ALBERT. Mi curiosidad se escita.

CÁRLOS. Como fiesta de su boda
fué esta caza de su moda
que tanto interés palpita.
ARTURO. Pues es un grano de anís!
CÁRLOS. Muchos amigos tenia
estrangeros ese dia
entonce el duque en París,
mas todos recien llegados
de distintas capitales,
todos estaban iguales
ignorándose encontrados.
Cada uno recibió
una invitacion de él,
y al reverso del papel
esta nota que escribió.
«Si admitís este solaz
«que mi amistad os envia,
«venid á la caceria
«cubierto con antifaz,
«pues es precepto tratado,
«si me dispensais favor,
«que para honrarme mejor
«asistais enmascarado.»
ALBERT. (*Con incredulidad.*)
Os burlais don, Cárlos?
CÁRLOS. No!
Os cuento tal como fué.
ARTURO. Enmascarados?... no sé...
CÁRLOS. Enmascarado fui yó.
ARTURO. Pues por Dios que dá este asunto
motivo para reirnos!
CÁRLOS. El objeto era reunirnos
como al acaso en un punto,
y por lances tan estraños
que se esplican de mil modos,
encontrarnos alli, todos
amigos de muchos años.
Asi fué tal su intencion,
y al descansar las trahillas
rompimos las mascarillas
y grande fué la emocion.
La mia no tuvo fin,
que una máscara opresora

me habia ocultado traidora
á mi bella de Turin.

ARTURO. (*Riendo.*)
Jesucristo!

ALBERT. *(Con ansiedad.)*
Con que?...

CÁRLOS. Pues!

ARTURO. Con que historieta de amantes?

CÁRLOS. Pero no he contado el antes,
solo he contado el despues.

ALBERT. Antes del antes, decidme,
en qué fecha está la historia?

CÁRLOS. Si no miente la memoria,
cuatro años.

ALBERT. (No!)

CÁRLOS. Oidme.
Sobre un caballo de raza,
por mucho que se le eduque...
no tuvo presente el duque
los azares de la caza.
Para más gusto al deseo,
la cabalgata debia
pasar en la cacería
por mi quinta de recreo.
Salió un caballo espantado
tendido á escape en buen hora,
llevando á una cazadora
en gran peligro y cuidado.
Ya con el peso se abruma
y hasta de su sombra huyendo,
fantasma que vá corriendo
se cubre de blanca espuma;
y aquí aseguraros puedo,
si hay quien pintarle bien pueda,
que tendido en la alameda
era sombra de su miedo.
Ya se aparta del camino
negra vision que volaba,
jigante que amenazaba
lanzado en el torbellino.
Pongo á escape mi corcel,
salto una zanja atrevido,
y paro al bruto, rendido,

brotando espuma su piel.
En la atrevida carrera,
que alcancé en senda distinta,
estábamos de la quinta
diez pasos de su barrera.
(*Con orgullo.*)
En ella pues descansó
la dama, de la corrida.

ALBERT. (*Conteniéndose apenas.*)
Don Cárlos!..

CÁRLOS. Bella es la vida
cuando asi cuenta el reló!
El amor todo lo ampara,
y al mirarnos frente á frente....

ALBERT. Os dijo...

CÁRLOS. (*Con amor.*)
Cárlos!

ALBERT. (Oh! miente.)
Y vos le dijísteis...

CÁRLOS. Clara?

ALBERT. (*Rompiendo la copa.*)
Mentis, mentis ese amor!
Vuestra historia es impòstura.
Con sangre solo se jura
si aqui hablásteis con licor.

CÁRLOS. (*Un grito.*)
Alberto!

ARTURO. Alberto!

ALBERT. Já! já!
dejadme reir, señores.
Qué susto! Uf! qué colores!
(*El reló da la media.*)
Señores, la media dá!

CÁRLOS. Pero decidnos...

ALBERT. La broma?
Si el buen humor no nos quita
y quereis que la repita,
la diré sin perder coma.

ARTURO. Bien finjes!

CÁRLOS. (Si finjirá!)

ALBERT. Os he burlado! os vencí!
(*A don Cárlos.*)
(A muerte!)

CÁRLOS. (Cielos!)
ALBERT. (Aquí!)
CÁRLOS. (Volveré!)
ALBERT. Já, já, já, já!
CÁRLOS. Nos pusisteis en cuidado
con vuestro furor fingido.
ALBERT. El papel no he concluido
porque bien no lo he estudiado;
mas ya volverá ocasion.
En tanto, amigos, tomad.
(Brindando copa.)
Don Cárlos, con mi amistad
contad... hasta el corazon!
Nuestro banquete dió fin.
ARTURO. Adios!
CÁRLOS. Adios!
ALBERT. Sí, al coche!
hemos pasado la noche
con la bella de Turin.
Mi ofrecimiento aceptad,
ya que me otorga el destino
hallaros en mi camino.
(Enseñándole una miniatura.)
(Por si no volveis, mirad.)
CÁRLOS. (Amelia!)
ALBERT. *(Disimulando repentinamente.)*
Hay baile?
ARTURO. Hayle.
CÁRLOS. (De mi furor ardo ciego.)
ARTURO. Hasta luego.
CÁRLOS. Sí, hasta luego!
ALBERT. Hasta luego, sí, en el baile!

ESCENA II.

ALBERTO.

Miserable condicion!
raquítica especie humana!
Tú me arrojas tu baldon,
tú condenas mi pasion...
maldigo tu pompa vana!

Si solo me resta un dia,
y ese termina en el hoy,
no me llores, alma mia;
responde con osadia
y al mundo dí lo que soy.
¡Baronesa del Sillar,
ángel de amores maldito,
tú me induciste á pecar;
pues bien, te voy á pagar
devolviéndote el delito!
Tú me prestas la razon
para por otra lidiar:
tu delito es mi ocasion:
bendigo la obligacion
que me impones de matar.
Fibra me sobra y poder!..
Me place tanto furor!
Vinos, brindad á placer!
Fiebre, invítame á beber.
Alma, cuéntame otro amor
en risas que viertan flores,
en palabras á millares,
soplo de dulces amores,
en aves de mil colores,
en ecos de mil cantares.
Mas si gano en la partida,
lleva, horario, en conclusion,
hora tras hora perdida,
lujo haciendo de mi vida
mientras me quede ilusion!
Anselmo?

ESCENA III.

ALBERTO.—ANSELMO.

ANSELM. Señor.
ALBERT. Escucha,
y guarda siempre en tu pecho
la confesion de esta noche,
porque me importa el secreto.
ANSELM. Decid, señor: ya sabeis

que nunca tuvo este viejo
más placer que el de cuidaros
con el cariño más tierno.
Por todas partes mi vista
os ha seguido de lejos,
como sigue un padre á un hijo,
con esquisito desvelo.
Tengo escrita vuestra vida
en el alma y pensamiento,
y amo lo que vos amais,
y lo que odiais aborrezco.
Cuando murió vuestro padre,
á quien serví con afectó,
perdí á la par un hijo
que era todo mi consuelo.
Vos, señor, érais muy niño;
érais mi señor y dueño;
y huérfanos viejo y niño
sin su calor verdadero,
engendraron un cariño
que fué esperanza del viejo.
Decidme, señor, si os amo;
decidme si no os respeto,
y perdonadme tambien
si en mi relato os molesto.

ALBERT. Buen Anselmo, me enterneces;
no apelemos á recuerdos,
porque esta noche maldita
solo rencores deseo.
Tú solo has sido en mi vida
quien ha velado mi sueño;
y cuando huyendo del mundo
hirviente lava de fuego
escaldaba mis mejillas
y rebosaba en mi pecho,
tú mis lágrimas secabas,
tú me prestabas consuelo;
y mientra el mundo reia
de su víctima á despecho,
tú en la noche me cuidabas,
tú velabas en silencio.
Toda mi vida la sabes;
siempre fuiste mudo, ciego,

de mi pensamiento esclavo,
esclavo de mis deseos.

ANSELM. Esclavo de mi deber.

ALBERT. Escúchame, buen Anselmo.
Heredé grandes riquezas,
y altivas me condujeron
á que ambicionára un título
que ahora le arrojo y desprecio.
Tú sabes que no fué amor
quien me uniera al himeneo,
fué la posesion de un título,
ahora mi cancer, mi infierno.
Vivo aqui solo, es verdad;
la Baronesa huye lejos
gastando en sus posesiones
lo que yo bien le agradezco;
mas ¿qué me importa su ausencia
si llama de amor inmenso
caldea mi sangre en sus vasos
por un imposible objeto?

ANSELM. Y esa otra jóven, no os ama?

ALBERT. Me ama... á veces lo creo,
y otras lo dudo... y no sé...
vacilo, me desespero!
Esta cadena, Dios mio!
esta sugecion de hierro!
Juguemos todo por todo;
arde en furores el pecho;
y antes que de celos muera,
quiero que maten mis celos.

ANSELM. Celos, de quién?

ALBERT. De ese hombre.

ANSELM. De ese jóven forastero?

ALBERT. Es de Amelia el prometido,
y le he vendido el secreto,
porque el calor de las copas
trocó el líquido en veneno.

ANSELM. Oh! qué habeis hecho?

ALBERT. No sé.
Arde mi frente!

ANSELM. Qué haís hecho!

ALBERT. Vencerle!

ANSELM. Vencerle!

ALBERT. Sí.
Sabes que en mi casamiento
el enlace fué una fórmula,
pues casi estaba muriendo
la Baronesa mi esposa;
que mis negocios me hicieron
volver de España á la Córte;
que mi esposa halló remedio,
y en Nápoles y en Sicilia
residió por algun tiempo;
que despues pasó á Turin....
ANSELM. (*Sin comprender.*)
Y bien, señor?
ALBERT. Oye Anselmo.
El prometido de Amelia,
ese hombre á quien espero,
ha contado aqui una historia
que dá la muerte su aliento.
ANSELM. (*Procurando adivinar.*)
Una historia?..
ALBERT. Sí, de amores;
amores de tal misterio
que empezaron en... Turin,
con dicha...
ANSELM. (*Comprendiendo.*)
Señor!
ALBERT. Silencio!
y que en París terminaron
celebrando el casamiento
del duque alli de la Ria
en un nocturno festejo.
Eran cazadores todos:
la noche brindó el momento,
y un caballo que espantado
tendido llevaba el viento,
robaba presa en su crin
la dama del caballero.
Un cazador salió á escape
con suerte tal en su empeño,
(*Va creciendo su furor hasta la transaccion.*)
que salvó á la bella dama
en su quinta de recreo.
El se llamaba don Cárlos,

y ella Clara Mondoñedo,
Baronesa del Sillar.
El es ese forastero!
Ella es mi esposa...

ANSELM. (*Con terror.*) Señor!

ALBERT. Sírveme licor, Anselmo.

ANSELM. Y pensais... decid...

ALBERT. Escucha,
cuando venga el caballero,
alejas á los criados.

ANSELM. Pero, señor...

ALBERT. Yo lo quiero.
Es imposible otra cosa:
sordo serás, mudo, ciego.

ANSELM. Tomad mi vida, señor;
no le robeis á este viejo
la dicha que ya le resta.

ALBERT. Sé digno de mi secreto:
ni una señal, ni un sonido,
ni una palabra, ni un gesto.
Quiero apurar hoy mi sino,
y por Dios que ya le espero.

ANSELM. Conque, señor...

ALBERT. Vete ahora,
retírate, buen Anselmo;
y cuando venga ese hombre,
avísame en el momento.
Ten un coche prevenido
sin esplicar el objeto,
y cuando venga don Cárlos
atrasa en el minutero
una hora en tu reló,
y hasta esa hora te advierto
que no vengas á esta sala,
pues será vano tu celo.

ANSELM. Pero, señor...

ALBERT. Basta ya:
hallarme á solas deseo:
retírate.

ANSELM. Al punto!

ALBERT. Vé!

ANSELM. (Desgraciado!)

ALBERT. (Pobre viejo!)

ESCENA IV.

ALBERTO.

Se dirige á la biblioteca, saca un baulito de ébano incrustado en nácar; viene á la escena, lo pone sobre el velador, y despues de sentarse y quedar un momento como de recuerdos, dice:

A sola estás, corazon,
sal de tu débil clausura
y escala tanta amargura,
y cuéntame tu pasion.
Mi razon será tu juez;
si abrigas un torpe vicio,
te sentenciará el juicio
castigando tu altivez.
Si corres loco al abismo,
para vencer tu osadia
haré con gran valentia
abnegacion de mí mismo.
Haz queja de tu oracion,
y en este mi fiel contrato,
acúsame tú de ingrato
si vences á mi razon.
Si hallo en tu entraña impureza,
con la luz del buen sentido,
mataré si has delinquido
el crímen de tu torpeza.
De tu densa lobreguez
sal á mi presencia reo,
que á cumplir voy con mi empleo:
corazon! te espera el juez!
Mas... ay! culparte yo,
si en tu dolor se vé escrito
que no hay culpa ni delito?
Cómo condenarte? no!
Tú amastes, porque sentistes;
te quejas, porque adoleces,
ningun sonrojo mereces
si para sentir nacistes.
De amor en la plenitud

goza, si es pura su llama,
que amor solo nunca infama,
y ese amor es tu virtud.
Tu propia obra es, Señor!
Tú condenaste al pecado,
pero al mundo le has formado
bañándole con tu amor.
Si me hiciste para amar
y de ello me diste ejemplo,
yo á mi amor le erijo un templo
y está en mi alma su altar.
Divino autor, Rey de reyes,
si es delito esta pasion,
arráncame el corazon,
ó escribe en él otras leyes;
que jamás el mundo en mí
halle culpa terrenal.
Prenda de amor celestial,
vivo por tí y para tí!
Ahora, pecho, sé de bronce;
y si es que muera mi sino,
llega, te espero, destino!
Un carruage! Las once!
Páginas de un puro amor
por otro amor fiel guardadas,
quedad por siempre archivadas
y nadie os vea.

ESCENA V.

ALBERTO.—ANSELMO.

ANSELM. Señor?
ALBERT. Es don Cárlos?
ANSELM. El és.
ALBERT. Bien:
no retardes su visita;
dile que pase.
ANSELM. Obedezco!
ALBERT. Despues en mi libreria
encontrarás este cofre:
sé su fiel guarda de vista.

ANSELM. Nada más, señor?
ALBERT. No: nada!
ANSELM. Le guardaré con mi vida.
ALBERT. Que suba Guillermo!
ANSELM. Bien!
ALBERT. (Cuenta, reló, cuenta aprisa!)
Vete, Anselmo.
ANSELM. (Pobre amo!)
(*Vase.*)
ALBERT. Me falta una carta escrita.
(*Se pone á escribir en la ventana de la derecha segundo término.*)
«Clara: el destino me roba
que goce de vuestra vista,
y me pesa de esta falta
para con vos, pobre amiga.
Salgo para ver mañana
mi casa de Andalucía.
Adios pues, hasta mi letra,
siempre vuestro, hasta que escriba,
Alberto.»—Perfectamente!
Ahora, que Dios nos asista.
Quién llega? don Cárlos? El!!
(*Con satisfaccion.*)
respira, alma, respira.
(*Don Cárlos ha aparecido en el dintel de la puerta del foro de la derecha y allí permanece tranquilo hasta que dice su segundo verso.*)

ESCENA VII.

ALBERTO.—DON CÁRLOS.

CÁRLOS. Tal os cumplo.
ALBERT. Lo esperaba.
CÁRLOS. Y esperábais con razon.
ALBERT. Bien decis, una ocasion
á los dos nos aguardaba.
De su fábula el destino,
fiel pintor ó buen poeta,
de su pluma ó su paleta
nos traza en igual camino.

CÁRLOS. De frente iré sin temor.
ALBERT. Prenda es de la amistad,
que hableis con tal claridad.
CÁRLOS. (*Con altanería.*)
Ya espero.
ALBERT. (*Con calma.*)
Pronto!

ESCENA VIII.

Dichos.—GUILLERMO.

Guillermo debe ser un jóven de 15 años, vestido elegantemente de jokey.

GUILL. Señor?
ALBERT. A caballo! Corre luego,
ve á la quinta, y sin demora,
le llevas á la señora
el billete que te entrego.
No vuelvas, quédate allí:
parte pues, que el tiempo espera.
GUILL. Al instante!
ALBERT. A la carrera!
GUILL. Qué caballo llevo?
ALBERT. Alí!

ESCENA IX.

ALBERTO.—DON CÁRLOS.

(*La escena anterior debe decirse con mucha seguridad, y muy de prisa. Alberto cierra la puerta del foro derecha.*)

ALBERT. Solos estamos, don Cárlos;
me habeis contado una historia,
y quiero á vuestra memoria
pagarle de un modo igual.
Tal vez no sea tan bella
la página que os añado.
CÁRLOS. (*Con arrogancia.*)

Decid.

ALBERT. Culpemos al hado
si á los dos nos es fatal.
El marco que nos encierra,
ya lo veis, no dá pavura;
la copa de la amargura
solo vertemos los dos.
Mi honor habeis ultrajado:
yo he hecho alarde de una ofensa:
de nuestra muerte en defensa
será aqui el testigo Dios!

CÁRLOS. Advertid no os conocia,
y nunca ofensa en mí cupo,
si el que era ofensor, no supo
nada de vos.

ALBERT. Es verdad.

CÁRLOS. Mas vos me habeis ofendido
á sabiendas, con mal trato,
enseñándome el retrato
de la que amo.

ALBERT. Callad!
Decis que la amais, don Cárlos,
pese á nuestra suerte ingrata,
sin sospechar que nos mata
ese tan funesto amor.

CÁRLOS. (*Con arrebato.*)
Esplicaos!

ALBERT. Ya os interesa!
Repasad en la memoria
que he de pagar vuestra historia
haciendo de historiador.
Una fortuna insolente
me brindó el lujo en que vivo,
y aquel presente escesivo
es de mi presente el mal.
Un dia creí que amaba
con ardiente frenesí;
dige que amaba, mentí,
fué el deseo natural.
Fué miseria que el apodo
tomó de amor palpitante
y que al vivir un instante
murió volviendo al no ser.

El mundo corrí sin freno,
sin temor, con osadia,
apurando en cada dia
y en cada hora un placer.
Esto la suerte me daba
y esto acepté de la suerte
sin temor de que la muerte
pusiera á mis dichas fin.
Y estrangero en todas partes
siempre tras de una aventura,
fuí á pagar débil criatura
mis errores en Turin.
(*Movimiento de don Cárlos.*)
No me interrumpais, don Cárlos,
que aqui jugamos el todo,
y yo de cualquiera modo
tengo para hablar, razon.
Con una dama española
de esclarecido linaje
contraje allí maridaje
por vana especulacion.
Enferma en tierra estrangera
espiraba en su agonía
dejando una baronia,
que yo necio codicié;
y asi al borde del sepulcro,
que á mis miras satisface,
dejé firmado mi enlace
y con la dama casé.
Castigo fué de mi culpa
el término de mi historia
en mi boda mortuoria.

CÁRLOS. Pero no la amábais?

ALBERT. No!
Y aquel desperdicio humano
que casi ya no existia,
recobró su valentia
y por último sanó.
Vine á la córte de España,
y allí mi esposa quedóse
y á una pasion entregóse,
con vos!

CÁRLOS. Alberto!

ALBERT. Vos, sí!
Haced furores, don Cárlos,
que aquí lo contásteis vos,
y os he dicho, vive Dios!
que no saldremos de aquí.
CÁRLOS. Concluid que me sonrojo!
ALBERT. Escuchadme bien con calma,
que habeis dejado en mi alma
entre amarguras la hiel.
Alli me habeis ofendido
y aquí más me asesinais,
siempre en mi camino estais
y siempre me sois cruel.
Aqui en mi pecho se alza
otra tempestad horrible:
el amor de un imposible
que es la muerte de los dos!
CÁRLOS. *(Comprendiendo.)*
Elejid armas!
ALBERT. Me place!
Por la imágen que habeis visto,
solo en batirme persisto.
CÁRLOS. Amelia!
ALBERT. Sí, vive Dios!
por ella el alma respira;
ella es mi amor primero,
y vos tambien, caballero,
me la pretendeis robar.
Antes que el fallo se cumpla
de esa sentencia maldita,
quede una página escrita
con sangre en este lugar.
Y antes os juro, don Cárlos,
por la fé de caballero,
que ella me juzgó soltero
y que no hay mancha en su honor.
Por una podeis reñir!
CÁRLOS. Por ella anhelo vencer!
ALBERT. Si asi me dais á escoger,
celos me dais y valor.
CÁRLOS. Cuando gusteis!
ALBERT. Pronto! Ahora!
Vuestra mano aquí en la mia.

CÁRLOS. Tomad!
ALBERT. Mostrais hidalguia!
(Señalando á los escudos.)
arma escoged!
CÁRLOS. Escoged!
ALBERT. El año impar sea la espada
y el florete lo contrario,
y ni uno ni otro adversario
se aventajen en merced.
CÁRLOS. Tirad!
ALBERT. *(Sacando moneda.)*
Seiscientos catorce.
CÁRLOS. Es igual!
ALBERT. Todo es acero!
CÁRLOS. Sois ofendido el primero.
ALBERT. Somos rival á rival.
Entre sus sombras la noche
guarde este combate escrito,
y que no manche el delito
ni aun las ropas.
CÁRLOS. Me es igual!
(Se despojan de los carriles ó levitas, quedándose en pechos de camisa. Van á los escudos y trofeos de armas, Alberto descuelga de su encage dos floretes y ofrece á don Cárlos. Desde este momento todos los movimientos á rigor de escuela de esgrima.)
ALBERT. *(Ofrece los dos floretes cruzados.)*
Tomad!
CÁRLOS. *(Poniendo su mano derecha en la empuñadura de uno.)*
Acepto!
ALBERT. *(Se miran con furor, se separan á un tiempo y se saludan con las armas.)*
Por ella!
Saludadme!
CÁRLOS. En guardia!
ALBERT. Tiro!
CÁRLOS. No os entregaré un respiro
por más que llegueis á herir.
(Pausa. Combaten.)
ALBERT. *(Dándole una estocada en el antebrazo derecho: la manga se tiñe de sangre.)*

Os he tocado!

CÁRLOS. (*Ataca con brio.*)
De miedo!

ALBERT. Don Cárlos, os sofocais.

CÁRLOS. Ved si moris ó matais,
que mi sangre siento hervir.

ALBERT. Ya tan solo me defiendo.

CÁRLOS. (*Señalando una falsa estocada entre quite, pero en seguida se tira á fondo y da una estocada en el pecho á Alberto. Se cubre de sangre; el florete cae de sus manos. Don Cárlos da un paso atras conservando el florete.*)
No basta ya entre los dos:
os mataré.

ALBERT. Vive Dios!
Lo habeis logrado.

CÁRLOS. Oh!

ALBERT. Sí!
Un carruaje os espera.
Alejaos!

CÁRLOS. Hora maldita!
que en su caos me precipita.

ALBERT. (*Se oye ruido dentro y movimiento de criados.*)
Alejaos pronto de aqui,
mas..... Cielos!

CÁRLOS. Se oye ruido!

ALBERT. Los infiernos se conjuran.

CÁRLOS. (*Aplicando el oido.*)
Son gentes que se apresuran.

ALBERT. Huid!

CÁRLOS. No es tiempo!

CLARA. (*Dentro.*)
Alumbrad!

ALBERT. (*Con desesperacion.*)
Qué oigo! la Baronesa!

ESCENA ULTIMA.

DON CÁRLOS.—LA BARONESA.—ANSELMO. — *Cuatro lacallos, dos camareras.*

Colocacion del cuadro. Don Cárlos en el primer término derecha con la cabeza completamente caida sobre el pecho, el cuerpo en estado completo de debilidad y apoyado en el florete. Alberto en el ángulo izquierdo, cubierto de sangre, apoyándose apenas en un mueble y con una rodilla en tierra próximo á caer. La Baronesa se presenta la primera en el foro. Anselmo corre á su amo. Los criados traen candelabros encendidos.

BARON. Alberto!
CÁRLOS. (*Conociéndola.*)
Clara!
BARON. (*Socorriendo á Alberto y dando un grito al conocerlo.*)
Dios mio!
Don Cárlos!
ALBERT. (*Cayendo exámine sobre el pavimento.*)
Oh! hado impio!
BARON. (*Mirando á don Cárlos.*)
Destino!
CÁRLOS. (*Mirando.*)
Fatalidad!

FIN DEL PROLOGO.

ACTO PRIMERO.

PERSONAGES DEL ACTO PRIMERO.

AMELIA.
CAROLINA.
EL GENERAL SAN MARIN.
ALBERTO.
ARTURO.
VICTOR.
LUIS.
MANUEL.
UN CRIADO.

CRIADOS, SEÑORAS Y CABALLEROS CONOCIDOS.

Han pasado cuatro años.

ACTO PRIMERO.

Palacio del general San Marin. Intercolumnio á todo foro, alumbrado el pavimento y adornado con flores, espejos, banquetas y profusion de arañas y candelabros.

ESCENA PRIMERA.

CAROLINA.—ARTURO.—VICTOR.—DON LUIS.—DON MANUEL.

A la derecha está Carolina, sentada en un divan de terciopelo carmesí con cogines. A su lado Arturo de pie. A la izquierda, Victor apoyado de espaldas á un tocador, y delante, haciéndole corro, don Luis y don Manuel. En último término, se ven entre columnas dos servidores de la casa, con gran librea y guantes.

VICTOR. Cada familia es un mundo,
cada viviente una historia.
LUIS. Pintad...
VICTOR. Ya pinto, ya cuento,
ya aqui mi lengua pregona
que encuentro el baile muy bien,
que la Condesa es hermosa,
que el General es más viejo,
que esto es una Babilonia,
que aqui la vida es un soplo,
que el amor va por la posta,
y que yo veo muy largo...
y que me callo la boca.
MANUEL. } Pero hombre!...
LUIS. } (*Quedan hablando.*)
VICTOR. Nada, nada,
yo sé lo que digo ahora.

ARTURO. Conque nada al fin sabeis.
CAROL. Ni una palabra tan sola:
yo estaba en Lóndres, tranquila
con mi aya y protectora,
y mis amigas de claustro,
viviendo como una monja,
sin sospechar que mi padre
aqui en la córte española,
formaba dulce alianza
con tan halagüeña boda.
Yo en Lóndres, en mi convento,
como tímida paloma,
soñaba un mundo de fuego
desde un jardin de amapolas.
ARTURO. Y en tanto que eso pasaba,
yo entonces estaba en Roma
agregado á la embajada
y soñándoos tan hermosa.
CAROL. Ya veis pues, que de los troncos
somos las ramas más próximas,
y á ninguno de los dos
se nos vió en la ceremonia.
Achaques de fecha.
ARTURO. Pues!...
(Quedan hablando.)
VICTOR. No señor, no hubo tal cosa,
fué una farsa solamente...
CAROL. Bailaré con vos ahora;
pero despues, dispensadme,
no vuelvo á aceptar su honra.
ARTURO. Pero, Carolina!...
CAROL. Arturo,
olvidais que hay más señoras,
y eso no es justo.
ARTURO. Es verdad,
mas discúlpase el que adora,
porque si amor es tan ciego
tambien quita la memoria.
CAROL. Si asi picais de poeta,
ya os disculpo.
ARTURO. Quien blasona
de amaros eternamente,
no se escusa con lisonjas.

Es el perfume del alma,
que en su cabidad rebosa,
y se evapora en caricias
y hasta los lábios asoma.

VICTOR. Miserias de una mentira
con que el alma se equivoca.

ARTURO. Son sonidos melodiosos,
que se confunden y chocan,
formando así al encontrarse
palabras que dulces brotan.
Yo os amo y...

CAROL. Arturo,
aquella sala es mas cómoda,
y el baile os da la ocasion
que me pedíais ahora.
Sois mi caballero? Vamos!

ARTURO. Vamos pues, si no os enoja.
(¡Qué tendrá!)

CAROL. (Lo ha conocido.)

VICTOR. Señores, se va la hermosa.
(Se vuelven y saludan todos y bajan al proscenio.)

ESCENA II.

VICTOR.—DON MANUEL.—DON LUIS.

VICTOR. Qué quereis, yo soy así;
yo observo aquí alguna cosa,
y ya sabeis que mi vista
nunca peca de dudosa.
En medio de tantas luces
que en sus pupilas se ahogan,
en medio de esa alegria,
que en risas se vuelve loca,
entre tanta claridad
distingo una dura sombra,
que se proyecta imprudente
al través de tanta pompa.

MANUEL. Ilusiones!

LUIS. Sí, ilusiones!

VICTOR. Luego no creeis la historia
que de la Condesa Amelia

nos ha dejado la crónica?

LUIS. Antiguallas tuyas.

MANUEL. Pues!
alguna página rota
que este archivo de Simancas
ha conservado hasta ahora.

VICTOR. Si me oyérais...

LUIS. Bien, hombre.

MANUEL. Adelante con la prosa;
no vayais á ser aqui
lo del reló de Pamplona,
que diz que apunta, y no dá.

LUIS. Mas, por Dios, misericordia,
y que el cuento no sea largo
por si es picante la broma.

VICTOR. Incrédulos, más que incrédulos,
¿creeis allá en vuestra chola
que entre el cardo y el espino
se encuentre bien una rosa?
¿Creeis que el sol con sus fuegos
se apague en eternas sombras,
ó quereis pasar la vida
sin alma como una roca?
El encanecido invierno,
de su resfriada boca,
solo presta un soplo helado
con que los campos asola.
La reciente primavera
de galas se viste airosa,
y al campo le dá verdura
y el pensil cubre de rosas,
¿Cómo pueden hermanarse
la lumbre que el sol colora
y la nieve endurecida
que el tiempo caduco arroja?
No es posible!

MANUEL. Pero al caso
y dejemos de oratoria.

VICTOR. El caso, señores, es,
que esa mujer tan hermosa,
tan poética y tan jóven,
no es posible sea dichosa
con quien pasa de cincuenta

y es víctima de la gota.
Mujer que un alma de fuego
en sus miradas denota,
mujer de suyo espresiva
que vive para la historia,
mujer que vale cien vidas
por una mirada sola,
lo repito, es imposible
que pueda vivir dichosa.
El General san Marin,
aunque cubierto de gloria,
no puede hacer que palpite
el corazon de su esposa:
será su padre, su hermano,
su tutor, sea en buen hora;
pero su amante, jamás!
Esas almas no se chocan,
suspiran con su misterio
y en su secreto se ahogan,
y esos secretos del alma
son la muerte del que adora.
He dicho.

MANUEL. Mas ese cuento...

VICTOR. Voy á concluir la historia.
En tiempos de la Condesa
su tia, dorada mómia,
archivado pergamino
de rancias ejecutorias,
la que hoy lleva su título,
esa Amelia tan hermosa,
hoy Condesa y Generala,
resistió á una pasion loca
por Alberto de Guzman,
pasion tan íntima y honda
que provocó un duelo á muerte.

MANUEL. Señores, doblad la hoja,
porque el motivo del lance
se acerca á esta sala ahora.

LUIS. Viene sola.

MANUEL. Con la hijastra.

LUIS. Qué lindo paso de tórtolas!

VICTOR. No soy tirador, me eclipso.

MANUEL. Nos contareis...

VICTOR. Sí, la historia.
Pero ahora, despejemos
pues querrán hablar á solas.
(*Saludando.*)
Señoras...

ESCENA III.

VICTOR.—MANUEL.—LUIS.—AMELIA.—CAROLINA.

AMELIA. Adios, señores.
LUIS. Qué hembra tan seductora!
VICTOR. Lástima que esta mujer
siendo así tan linda, coma.
(*Saludan y vánse.*)

ESCENA IV.

AMELIA.—CAROLINA.

AMELIA. (Qué tipos! todos iguales!
Oh! no lloreis, mis memorias!)
(*Amelia lleva á Carolina al divan de la derecha y se sienta á su izquierda.*)
Flor tan delicada y pura,
dime pues quién te ofendió?
dime pues, quién derramó
en tu cáliz la amargura?
Alumbra apenas tu sol
de apetecible belleza,
y nubes ya de tristeza
oscurecen su crisol?
Por Dios, niña encantadora,
que así velas tu imperio,
causa será del misterio
alguno que te enamora.
CAROL. Ay de mí!
AMELIA. Suspiros son
que casi á entenderlos llego;
suspiros hijos del fuego
en que se arde el corazon.

Ayes que bajan sentidos,
soplos, de hiel impregnados,
que en lágrimas empapados
del alma salen heridos.
Bajío del corazon,
hálito de viva llama
que se comprime y se inflama
turbando nuestra razon.
Te comprendo, hermana, sí!

CAROL. (*Con ansiedad.*)
Has acertado?

AMELIA. Pues no!
Cuéntame tu historia!

CAROL. (*Con estrañeza.*)
Yo?

AMELIA. Díme, á quién amas?

CAROL. (*Con candor.*)
A tí!

AMELIA. (Ay de mí! funesto error!)

CAROL. No quisiera darte enojos.

AMELIA. (Se engañaron mis antojos;
es un alma sin sabor.)
Ya casi, casi aseguro
que será una causa leve.
Quién es quién te ofende aleve?
Quién te estorba? díme.

CAROL. Arturo!
(*En este momento se vé atravesar por el salon del fondo á Arturo, del brazo del general San Marin, de derecha á izquierda.*)

AMELIA. Mi hermano?

CAROL. Tu hermano! ¡Oh!
no me condenes, hermana,
que no es licencia villana,
ni que le desprecie yo.

AMELIA. Pues qué motivo?...

CAROL. No sé.

AMELIA. No le amas?

CAROL. Como amigo,
y en vano de mí consigo
quien esplicacion me dé.
El tan digno como un Rey,
él, de todas envidiado,

mi afecto no ha conquistado:
para el corazon no hay ley!
De amor no fué mi suspiro,
fué el eco de una balada
que mi alma enamorada
le envidiaba á mi retiro.
Tropa ruin de aduladores
que aquí en la córte se apiña,
son para un alma de niña
anticipados temores.
Ya ves, la edad de gozar:
qué quieres, no me lo esplico,
ó tengo el corazon chico,
ó di temprano en pensar.
Juzga del todo por tí.
Cómo pues, díme, se esplica
que tú, jóven, bella y rica,
vivas sin amor así?

AMELIA. Carolina!!

CAROL. No te asombre;
tú con mi padre casada
eres mujer muy honrada
por tu nombre y por su nombre.
Vives sin dolo y temor,
y pues nada te enagena,
te aprisionas en cadena
que apenas tiene vigor.
A la ancianidad que espira
se asocia la juventud;
esplícame la virtud
de ese amor, que no es mentira.

AMELIA. (*Con asombro.*)
Niña!!

CAROL. Ves? voz de la grey...
Voz del pueblo, voz de Dios!
Digamos juntas las dos:
para el corazon no hay ley!

AMELIA. Qué hechizo en este momento
empleas, dí, contra mí,
que aciertas leyendo así
letras de mi pensamiento?

CAROL. Son instintos naturales,
reglas que dicta el sentido

cuando el alma en un latido
de su ambicion dá señales.
Yo desdeño un fino amor
sin causa que á ello me obligue,
luego á este hastío se sigue
que ambiciono amor mejor.
Tú, que mil registros tienes
para contar amadores,
avara de tus amores
solo á vejetar te avienes.
Las dos mentimos, sí á fé.

AMELIA. Qué dices?

CAROL. Díselo al alma;
vives en fingida calma.

AMELIA. Silencio!

CAROL. Bien, acerté!

AMELIA. Me has despertado atrevida,
y al haberme despertado,
gotas de sangre han saltado
del alma triste y herida;
es cierto, amé con ardor,
con amante idolatría,
amé un siglo en solo un dia,
más amé que el mismo amor.
Amor de encanto especial
donde el alma se bañaba;
amor que hasta Dios llegaba
sin la culpa terrenal.
Prensa tu mano en mi seno,
siente y vé cómo palpita
el corazon que se irrita
en el fuego que está lleno.
Secreto para las dos
que avara guardo en mi suerte;
secreto será de muerte
desde mi tumba hasta Dios!

CAROL. Será para mí un tesoro,
tú que de amor has llorado...
nuestras almas se han hablado
en su página de oro.
Yo un secreto te he vendido.

AMELIA. Tú eres de otro guarda fiel,
y escrito está en el papel

del album en que has leido.
Carolina!

CAROL. Hermana mia!

AMELIA. Dios te pone en mi camino,
y yo bendigo al destino
si en tí un consuelo me envia.
Sufre tu pena opresora
y yo mi pesar violento,
y esclavas de un pensamiento
mintamos al mundo ahora.
(*Se oye un aplauso.*)
Cuál grita el mundo ruin
viviendo con sus dolores!

CAROL. Mi padre!

ESCENA V.

Dichas.—EL GENERAL.—ARTURO.

GENER. (*Saludando.*)
Amelia!

AMELIA. Señores...
nos volvemos al festin.
Hasta luego, General.

CAROL. (*Saludando.*)
Arturo...

ARTURO. Adios, señorita.
(Qué bella!)

GENER. (Edad maldita!)

AMELIA. (Quebró el secreto el cristal!)
(*Vánse.*)

ESCENA VI.

EL GENERAL.—ARTURO.

GENER. Vamos, mozo, ágil mancebo,
la ocasion te favorece;
dime tus sentidas quejas
y desarruga la frente:
que sienta mal por mi vida

en quien favores obtiene,
darle hospedaje al pesar
y al enojo darle albergue.
Antes que empieces tu endecha,
quiero que tengas presente
que el mundo siempre es del hombre
y despues de las mujeres.
Con que dime...

ARTURO. General...

GENER. No hay General ni cadete,
sino un amigo que escucha
á otro amigo mil sandeces.
Dices que mi hija...

ARTURO. Sí,
me abruma con sus desdenes:
no hallo en su pasion... pasion;
no hallo fuego sino nieve.

GENER. Y tienes celos?..

ARTURO. Oh! no...

GENER. Celos...

ARTURO. Señor...

GENER. Celos tienes.
Ya tú ves si mi esperiencia
podrá equivocarse adrede,
para mentirte una pena
que tú dices que no tienes.

ARTURO. Carolina es mi esperanza,
sus amores me enloquecen,
y á la idea de perderla
triste el alma desfallece.

GENER. Vaya! temores pueriles;
temores de un inocente.
Esos celos no son celos;
son recelos solamente:
pues con recelos se vive,
pero con celos se muere.
Yo tuve... casi un hermano,
que sufria horriblemente,
sin que el mundo sospechara
que era infeliz, y mil veces
le ví llorar como un chico
por los sentidos desdenes
del objeto de su amor.

Una bella inconsecuente
que contaba veinte abriles,
llena de hechizo y juguetes;
una mujer muy hermosa,
sí señor; un ramillete
lleno de aroma y espinas
prendido con alfileres.
Y qué provecho sacó?
Lo que es de cajon, de ene;
que todo en el mundo acaba,
que todo se desvanece,
y que así se llega á viejo,
y que al cabo uno se muere,
y que el tiempo se echa encima,
y que al fin todo lo vence.
Ya lo ves, yo tengo canas
y aun todavía esa fiebre
no se ha albergado en mi alma
de un modo tan imprudente...
Qué fuera de mí, si ahora...
Mi amigo que era un valiente,
que era un joven como tú,
y gallardo por apéndice,
quedó reducido á viejo
con arrugas en la frente,
y aquel corazon de fuego
quedó reducido á nieve,
á pergamino, carton,
á corazon como un mueble;
y su bella desdeñosa,
aquel encanto celeste,
aquella mujer rizada,
toda hechizo, toda dengues,
quedó reducida á vieja
y vieja con alfileres;
una mujer toda espinas,
un desperdicio viviente
figura de un ser humano
que remedaba su especie.
Todo es mentira á mi edad,
Arturo, por consiguiente,
haz tú lo que dijo el sábio,
ya que mi consejo quieres:

«dale al tiempo lo que es suyo»
y amor á quien te merece.
Tú vales lo que ella vale
y su padre te proteje,
no pienses de quien no piensa,
ni dudes, si no te ofenden.
(Nunca leas en mi alma
si el consejo has de creerme!)

ARTURO. Perdonad, vuelvo al salon.

GENER. Diviértete, así, diviértete.
(*Váse.*)

ESCENA VII.

EL GENERAL.

Vive Dios, que cada hombre
es un misterio, un arcano,
y el mundo baile de máscara
donde todos engañamos.
Si será verdad la vida?
Qué fué de mi ayer dorado?
Por Dios que el mundo es jigante
ó somos todos enanos!
(*Se oye un gran aplauso en los salones.*)
Resuene loco el festin!
(*Se levanta.*)
Celebrad el brillo, el fausto
del General San Marin!
Hoy es el aniversario
de mi boda con Amelia...
Mi boda... Horrible sarcasmo!
mi boda... sí! vive el cielo!
Tú, pobre sexagenario,
abrigas pasion tan loca
que hace burla de tus años.
(*Señalando la frente.*)
Aquí la edad con su escrito;
la potestad del anciano,
rugosa faz, quebradiza
del tiempo caduco y rancio,
que ostenta blanca guedeja

mecida por soplo helado.
(*Señala al corazon.*)
Aquí la sangre, la vida!
que hirviente salpica el vaso.
La robustez, la pasion,
la juventud y arrebato
de este amor y de estos celos
que en vano resisto, en vano!
Corazon, viste tus canas,
y reza en tu santuario;
que nadie lea en las páginas
de tu misterioso album.
Sacrifícate! Silencio!
Llora! reza! Te lo mando!

ESCENA VIII.

El General.—Amelia.

Amelia. Oh! me prensa el alma tanta alegría! en vano busco un retiro, no puedo... El General!

Gener. Venís, Condesa, como un brillante lucero en una noche tersa y pura para acompañar mi soledad con la esplendente luz que forma vuestra aureola de hermosura.

Amelia. Señor, sois tan escesivamente amable y generoso conmigo, que en vano serian mis esfuerzos para compensaros un saludo de tan delicado gusto: sin embargo, prefiero ser la luz que os guie y que os saque por fortuna de las espesas sombras en que sin duda meditábais.

Gener. Teneis tal afinidad de pensamiento que poseeis el precioso dón de acertar.

Amelia. Sí?

Gener. Sí, Condesa, ó será tal vez que todo lo acertais en mí.

Amelia. Así es efectivamente: todo lo sospecho en vos.

Gener. Con atencion os ocupais de mí.

Amelia. Es mi primer deber, y cumplo en ello un encargo muy lisonjero para mí; jamás la mentira lastimó mis lábios, y mi alma nunca desmiente la nobleza de mis pensamientos.

GENER. Tal os admiro y os respeto; y de ello teneis pruebas sobradas.

AMELIA. La conducta de los dos, señor General, es la mejor garantía de lo que valemos. Os habeis empeñado en darle vida á una flor marchita, y el jardinero que se sacrifica tan generosamente, bien vale más que la pobre y modesta flor que muere.

GENER. Flor tan bella estais como la más hermosa y fragante que se arrancára en los campos del Abril.

AMELIA. Flor sin perfume, como blanca amapola, que no guarda en su broche ni una gota de ambar para el amante que acerca los lábios á su copa.

GENER. Condesa!

AMELIA. Ya lo sabeis, General, mi alma no tiene jugo: y yo os he consagrado mi virtud, mi honor sin mancha, y el resto marchito de mi existencia; pero ya lo sabeis, mi esperanza murió en el mundo, y con ella todo mi amor.

GENER. Triste herencia me dejais, si de ningun modo consigo haceros feliz.

AMELIA. Sola, en mi campo de amores, me bañaba en un aire puro; mi frente alzada con orgullo, se teñia con los vivos rayos del sol; un bajío candente como un soplo de fuego filtró en mis venas, y despues de arrebatarme la vida, huyó impalpable á mis ojos, huyó, desapareció, se perdió para siempre: los pétalos de la pobre flor se quedaron secos, la brisa de la noche resfriaba su tallo, y no era posible darla vida: pronta á perecer, vuestra mano bienhechora le prestó cuidados, gotas de rocío bañaron sus hojas; la flor vive, su aliento, que es el alma, decidme dónde está?

GENER. Oh! por Dios!

AMELIA. Habeis puesto á mis piés vuestro nombre lleno de gloria; al morir mi tia la Condesa, pasé á ser la generala San Marin.

GENER. Dispensadme que...

AMELIA. Esto no más ha de ser, señor General. Aunque yo tenia un escudo en mi horfandad, que era el dolor que vivia en mí, sin embargo, para el

mundo era poco la sombra de un hermano de muy pocos años, que es Arturo. Ostentacion, lujo, grandeza; todo me rodea. Pero... Oh! dispensadme: abuso de vuestra generosidad... no puedo variar la conversacion, os lo suplico. Esta noche deben morir mis recuerdos, hasta para vos que conoceis mi historia... Oh! lucharé, venceré! y si cae la flor á pesar de vuestros cuidados muerta á vuestros piés, recordad que hay una tumba donde nadie reza, y que esa tumba encierra la mitad de una historia de amor.

GENER. (Cuánto le amaba!)

AMELIA. Me compadeceis, es verdad? pues bien, venid, no quiero afligiros; vuestro palacio me parece una sola llama, que corta, multiplica los objetos.

GENER. (Oh! El plazo es muy corto todavia, yo la salvaré.)

AMELIA. Venid, General... oh! cuántas flores! qué torrente de luz! Venid! nuestros amigos esperan la sorpresa que les preparaba.

GENER. (*Con un grito.*) Oh! no!

AMELIA. Ved, ya llegan: ellos mismos nos buscan y se estrañan de que huyamos de su lado; amigos mios, llegad.

GENER. (Condesa, por Dios! os prohibo...)

AMELIA. (Os juro que venceré!) Respeto vuestra gloria y vuestro amor; la mujer que es religiosa como yo, tiene fuerzas bastantes para hacer frente á todos los pesares de la vida!

ESCENA IX.

EL GENERAL.—AMELIA.—CAROLINA.—*Señoras.*—ARTURO. VICTOR.—MANUEL.—LUIS.—*Caballeros.*

CAROL. Amelia?

AMELIA. Venid, amigas;
señores, cuánto me honran
vuestras finas atenciones;
os he robado esta hora

por causa del General;
mas la ocasion es hermosa,
os prometí una sorpresa
y quiero cumplirla ahora.

GENER. Permitidme...

AMELIA. Si gustais...

VICTOR. (Siguen cruzando las sombras!)

MANUEL. Maldito profeta!

VICTOR. (Bueno.)

GENER. No es tiempo.

VICTOR. (Ruede la bola!)

GENER. Aun faltan muchos amigos,
y entre ellos varias personas
que esta noche en el palacio
por primera vez nos honran.

AMELIA. Y quiénes son?

GENER. No es posible
el decirlas de memoria.

VICTOR. (Sigo con el catalejo.)

GENER. El embajador de Roma,
el ministro de Marina,
el diputado Mendoza,
la Marquesa de Encinares.

VICTOR. (Y vaya usté echando tropa.)

CAROL. Vamos á ver los jardines
por la galeria gótica,
que están de fuego en colores
que es una vista asombrosa.

AMELIA. (No sé qué siento en el alma!
oh! si el valor me abandona!)

GENER. Pues vamos.

TODOS. Vamos!

AMELIA. Sí, vamos!
(Oh! no sé; me vuelvo loca!)

ESCENA ULTIMA.

Dichos: ALBERTO *que se presenta despues que un criado le anuncia. Todos hacen medio mutis hasta el foro cuando anuncia el criado.—Alberto viste de rigorosa etiqueta y trae la placa de la gran cruz de Isabel la Católica y banda.*

CRIADO. El señor Conde del Mar.
GENER. Quién?..
TODOS. *(Volviendo.)*
Ah!
GENER. Nueva persona!
(Alberto se presenta.)
AMELIA. *(Dá un grito y se desmaya.)*
Dios mio!
ALBERT. Amelia!
TODOS. *(Socorriendo á Amelia.)*
Oh!
GENER. Su amante!
VICTOR. Ya se despejó la incógnita!
Esto es de la vida un cuadro,
y la coleccion no es corta.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

PERSONAGES DEL ACTO SEGUNDO.

AMELIA.
ALBERTO.
EL GENERAL SAN MARIN.
ANSELMO.
ANTONIO.

ACTO SEGUNDO.

Sala en casa de Alberto.—Alfombra. Un divan. Butacas. Un velador con tapete. Chimenea encendida entre las dos puertas del fondo. Grandes y lujosas colgaduras.

ESCENA PRIMERA.

ALBERTO.—ANSELMO.

ALBERT. Es en vano cuanto hagas, Anselmo. Qué me importa el dia ni la noche! Qué me importa la vida, ni la muerte! No lo he perdido todo? Pues bien, déjame conmigo mismo, déjame con mi dolor á solas con él, frente á frente con él: él es el compañero inseparable de mi existencia: deja que corra el tiempo. Oh! si yo pudiera parar con una mano de hierro el reló de la vida!

ANSELM. Señor, tranquilizaos.

ALBERT. Qué sabes tú, pobre viejo, qué sabes tú lo que es tener el alma llena de vida, y el pensamiento de ilusion, y llegar la muerte, y como un témpano de hielo apagar la llama, la luz de lo que piensas y de lo que sientes? Qué sabes tú, que me aconsejas que me tranquilice? Tengo por ventura el corazon dormido, que no late ni suspira, como el tuyo que dormita seco en su lecho de muerte, bajo el abrigo que le presta tu rancio ropaje?...

ANSELM. Perdonad, señor, pero...

ALBERT. No ves tu magestuosa cabellera de plata como el reflejo de un siglo, como un baño de luz que

se pierde en lontananza; como la sombra de lo que fué, como un objeto que pierde su color entre las fúnebres y densas gasas del tiempo? Mira mis cabellos que irritan, mira mi espresion, es la vida, es la esperanza, es la infancia, la virginidad de la edad; pues bien, de qué me sirve, si tengo que renunciar á mi felicidad, sí tengo que verla desaparecer de mis manos como un juguete!.. Oh! de qué le sirve al leon su fuerza si la doble jáula en que vive le mata y estorba hasta la respiracion!

ANSELM. Oh! Calmaos, señor, por Dios!

ALBERT. Oh! perdonadme, padre mio, tengo fiebre, pero necesito...

ANSELM. Sí, necesitais dormir, descansar, el hombre es la imágen de Dios, y por consiguiente no debe entregarse así á la desesperacion: debe imitar á quien le dió ejemplo; transigir con el dolor, y abrir una tregua al sufrimiento. Para qué es la razon?

ALBERT. Oh! para el corazon no hay ley.

ANSELM. Sí hay ley.

ALBERT. Se le dice al corazon que no ame? Se le dice al sentido, que no piense?

ANSELM. Se le dice á la razon, que juzgue, que falle en los límites de lo posible!

ALBERT. Y en quién se apoya esa razon, más que en uno mismo cuando es presa de una pasion?

ANSELM. Se apoya en Dios, que es la verdad de las verdades, y el alma entonces resiste á esa fiebre destructora que mata la vida, y envenena el juicio.

ALBERT. Razon tienes, Anselmo; tú hablas por boca de esa santa verdad; pero cada edad tiene sus aspiraciones y sus antojos, y es preciso transigir tambien con sus estravios.

ANSELM. Transigiré con todo lo que querais: pero reponed vuestras fuerzas. La noche ha sido un poco pesada, y por consiguiente el reposo es necesario. Tantas horas sin dormir, á dónde vamos á parar? De qué hubieran servido entonces mis esfuerzos para salvaros la vida en vuestra quinta del mar?...

ALBERT. Cuánto vales, Anselmo mio! Ni aun siquiera me has preguntado el resultado de anoche, como si no tuvieras un derecho para saber todos los acontecimientos de mi vida!..

ANSELM. Señor, no he hecho más que respetar vuestro silencio.

ALBERT. Bien, bien, Anselmo: la noche ha sido horrible, espantosa; el choque ha sido tan violento, que no sé cómo el alma ha podido resistir una emocion tan grande, sin estar preparado para ello.

ANSELM. Y vuestra herida?

ALBERT. Esta noche me atormenta un poco.

ANSELM. Veis?

ALBERT. Pero no tengo ningun recelo: otra idea es la que me atormenta y que no puedo desechar.

ANSELM. Para todo habrá cura.

ALBERT. Te engañas. Yo ignoraba que el General San Marin era... oh!

ANSELM. Continuad!

ALBERT. Sí, continuaré: era el esposo de Amelia: iba á ser presentado por el embajador de Roma, pero este me aconsejó que me hiciera anunciar antes. Amelia estaba alli, y el General solo me dijo: «hablaremos, caballero.» Cuando gusteis, General, le contesté.

ANSELM. Otro duelo! Pues no faltaba más.

ALBERT. Volví á mi carruage y no sé... aun todavia no me doy cuenta de lo que pasó. Casada! Casada, Dios mio! Ahora que yo venia á ofrecerle un mundo de felicidades; ahora que la ingrata esperanza me sonreia, fué más cruel conmigo, y ella... Oh! es preciso olvidar y olvidaré... olvidaré.

ANSELM. En nombre de vuestro padre, señor!

ALBERT. Mi padre! ojalá hubiera muerto como él en el campo de batalla al frente de mis granaderos, sirviéndome de honrosa tumba mi bandera de guerra, y no estar condenado á morir sin gloria ni felicidad en el fondo de un gabinete lleno de muñecos y adornos, en donde el aire me sofoca, me prensa, me lastima.

ANSELM. Señor...

ALBERT. Sí, tienes razon, no hablemos más de ello. Mi correo: los periódicos de primera hora: para nadie estoy visible. Desde mañana concluye el luto en casa por la muerte de la Baronesa. Que mi servidumbre vista con lujo; nos iremos á París: que prepares trenes y equipajes. Anselmo! quiero leer! mis periódicos!

ANSELM. Voy á ver si han traido el correo, señor. (*Váse.*)

ESCENA II.

ALBERTO.

Sí, olvidaré; no ha olvidado ella tambien? mujeres! encantado... mágico adorno del universo! Teneis en vuestras manos la llave de la felicidad del mundo, y la mayor parte de las veces se convierte en infierno vuestro soñado paraiso; tambien esa mujer olvidó su amor, era un juguete que le estorbaba, y le arrojó con sarcasmo á la region vacia, para que el mundo lo arrastrase como una burla más que rueda por el mundo. Su amor era el suspiro de mi alma; ella le ha resfriado en su pecho, y luego el olvido lo ha trocado en un soplo helado y sin vida.

ESCENA III.

ALBERTO.—ANSELMO.

ANSELM. Señor.

ALBERT. Quién?

ANSELM. Vuestros papeles.

ALBERT. Para nadie estoy visible. Adios! (*Alberto coje dos periódicos y tres cartas que le presentan en una bandeja, y se vá por la puerta primera izquierda. Anselmo deja la bandeja en el velador.*)

CRIADO. Señor?

ANSELM. Qué ocurre, Antonio?

CRIADO. El señor General San Marin desea ver al señor Conde.

ANSELM. No le hagas esperar, que pase al momento.
CRIADO. Está bien. (*Váse.*)
ANSELM. Dios le traiga para bueno.—Los acontecimientos se complican.—El es.

ESCENA IV.

ANSELMO.—EL GENERAL.

GENER. El señor Conde?..
ANSELM. Está en sus habitaciones.
GENER. Pásele usted el recado de mi visita.
ANSELM. Voy á cumplir las órdenes de Vuecencia. (*Váse.*)

ESCENA V.

EL GENERAL.

No sé por qué me palpita el corazon como un joven de veinte años. Está probado que el primer amor del mundo es el amor propio del hombre. Sin embargo, mi posicion para con ese hombre es muy falsa; pero la virtud de Amelia me responde de todo. Los hechos nos llevarán de la mano al término de nuestro camino.

ESCENA VI.

EL GENERAL.—ANSELMO.

ANSELM. El señor Conde os pide mil perdones por haceros esperar; su traje no era el más apropósito para recibir vuestra visita.—Vedle, aquí llega.
GENER. Gracias.
ANSELM. Con permiso de Vuecencia. (Yo voy á tomar mis precauciones, bueno es que todos hagamos algo.) (*Váse.*)

ESCENA VII.

EL GENERAL.—ALBERTO.

GENER. Señor Conde...

ALBERT. Estimo en mucho su visita, y os suplico dispenseis la demora involuntaria que os he causado.

GENER. Señor Conde, admito con placer vuestras escusas, y aunque entre hombres de nuestra clase el buen estilo y formas cuadran siempre bien, yo sin embargo, no me llevo de esterioridades y solo rindo culto á la verdad del corazon. Mi alma se ha educado en las grandes emociones, y el tiempo y los hechos han sido el magnífico é inmenso libro en que he estudiado.

ALBERT. Es una brillante frase todo ese pensamiento, y cada vez me lisonjeo de poder escucharos con admiracion. Si usted gusta honrar mi casa.... (*Haciéndole señas para que tome silla.*)

GENER. Sí, departiremos sentados; creo que necesitaremos pocos preámbulos para entrar en materia.

ALBERT. Os debo una esplicacion, y estoy pronto...

GENER. Tal la necesito, y al hombre que ostenta en su escudo el título de Conde y Baron, es á quien le suplico que hable con la verdad del corazon, con la franqueza de la honradez.—Hay una distancia inmensa en nuestra edad, estamos separados por un camino de treinta años, y la edad es una autorizacion en la vida. Estamos estrechamente enlazados en un mismo drama, pero una barrera insuperable se alza como un anatema al pisar en una misma senda.—Esto es imposible! Me creo con un derecho al hablaros así, y ya espero con suma ansiedad vuestra contestacion. Me entendeis?

ALBERT. Perfectamente, General. — Anoche estuve en vuestro palacio, y la Condesa de Monti-chelo, hoy generala de San Marin, se desmayó al verme, llenando así de pesar á cuantos la rodeaban, á vos, y á mí más que á vos y que á todos sus amigos.

GENER. Pues bien?..

ALBERT. Pues bien, señor General; la Condesa me juzgaba muerto, como yo ignoraba que estuviese casada.

GENER. (*Respirando con fuerza.*) Ah! Luego anoche cuando os presentásteis en el palacio?..

ALBERT. Fuí obsequiado por la buena amistad del Marqués de Aribal, nuestro embajador en Roma, el cual me acompañaba y el que tambien se dignó darme conversacion en mi carruaje cuando volví á mi casa.—Esto dicho, creo que esplica suficientemente el hecho y nada más, por el cual soy completamente inocente; pero en este momento, tal vez leo en vuestro corazon...

GENER. Cómo! esplicaos!

ALBERT. Sospecho que no se limita vuestra ansiedad á eso solo, y aqui el colorido de los hechos tiene que ser más vivo, las sombras más duras, las figuras más de relieve, más al primer término.

GENER. Sí! sí! eso, eso es precisamente.

ALBERT. General! para lo primero teníais derecho y os he dado la esplicacion que me pediais, y en ello os he dicho verdad por la fe de caballero: para lo segundo no teneis ninguno, porque pertenece á lo sagrado de mi vida; y para entrar en aclaraciones de amistad, seria preciso despojarnos ambos de nuestro comun derecho.

GENER. Cómo! caballero, pretenderíais por ventura encontrar una ley que os apoyara y que os concediera la misma fuerza de derecho?

ALBERT. Todas, menos la de los hombres! la de Dios, la de la razon, la de la verdad, la del sentimiento, la del amor que es la primera del mundo, sin la cual no tendría existencia nada... perdonadme, General, me he exaltado un poco y he traslimitado la buena escuela que seguiamos,

GENER. Luego si en el seno de la amistad os pidiese aclaraciones para mi vida, no podria obtenerlas sin despojarme del derecho que me concede la ley?

ALBERT. General! un mismo sentimiento nos ocupa, un mismo deseo, una misma idea: quereis sondar en lo profundo de mi vida? y con qué derecho

podreis leer en las tablas de mi historia, si yo con un dedo de fuego no ilumino los misteriosos caractéres que cubren sus páginas! Creedme, General, no podemos usar medias tintas en nuestra conversacion, y al hablaros así uso de la verdad que me exijísteis cuando me habeis hecho el honor de visitarme.

GENER. Pues bien, hablad!

ALBERT. Cuando una muger toma estado, cuenta á su marido, primero su historia, luego.....

GENER. La de sus amores.....oh!

ALBERT. Lo veis? es imposible, teneis celos, y yo tambien.

GENER. Conde!

ALBERT. Sí, porque mis amores están cultivados con sangre, con lágrimas; porque mi amor era tan puro y tranquilo como el sueño de un niño, como el aliento de los ángeles; porque era la sonrisa del paraiso, mi esperanza de felicidad en la tierra! lo veis? nos estamos haciendo un daño horrible, y sin embargo nos alimenta nuestra conversacion porque es el pasto de nuestra alma; pero es imposible dominarme por más tiempo: teneis el derecho de que os respete, y así se cumplirá; pero jamás podreis despojarme de un sentimiento que baña todo mi ser, que permanece oculto en el fondo de mi alma, y que allí en el fondo de su clausura, rinde un culto religioso al ídolo que ocupaba mi existencia: antes que esa flor llegára á vuestras manos de sesenta años, una vida de veinte y cinco sonreia con solo su aroma; mi amor puede levantar un trono, porque el pecado inmundo de la tierra no manchó con su delito la púrpura virginal, ni el fanal de limpia pureza en que se adormia la casta flor que yo amaba!....

GENER. Callad! callad, señor Conde!

ALBERT. La ley de los hombres me condena á que mate ese amor? nunca! vivirá en mi alma mientras respire; no hay ley que pueda matar esa luz en el fondo de la entraña en donde alumbra; el dedo del hombre no basta, es pequeño; tan solo puede el soplo de Dios!

GENER. Luego para el corazon no hay ley?

ALBERT. No!

GENER. Estais engañado, señor Conde: contra esa defeccion del corazon humano, está la razon y la ley del buen juicio.

ALBERT. Bajo ese punto de vista muy pocos serían los sacrificados y muchos los sacrificios.

GENER. Muy pocos son tambien los elegidos.

ALBERT. Señor General, esa filosofia no la comprendo: serán achaques de la juventud.

GENER. Yo tambien adoro á la Condesa...

ALBERT. Callad, no podria escucharlo.

GENER. Quiero ser más generoso que vos; qué quereis? achaques de la vejez!

ALBERT. ¿Y cómo esa vejez no ha puesto un coto á ese desbordamiento del corazon humano, encerrando y consintiendo así una pasion de veinte años en un corazon de sesenta?

GENER. Me reservo daros la respuesta por completo, y solo podré deciros por ahora que la Condesa de Monti-chelo no es mi esposa.

ALBERT. *(Ciego de furor.)* Mentís!; mentís! *(En este momento aparecen en el fondo Amelia, Arturo y Anselmo.)*

GENER. *(Con aire amenazador.)* Caballero!

ALBERT. La Condesa de Monti-chelo, no ha sido conducida por vos al altar? decid!

GENER, No, señor Conde!

ALBERT. Sois un miserable y habeis mentido.

GENER. *(Lanzándose sobre él.)* Oh!

AMELIA. Habeis mentido, General!

GENER. }
ALBERT. } Amelia!

AMELIA. La esposa de San Marin os lo asegura: el General ha querido apreciar la virtud de vuestro amor, y lo ha conseguido á costa mia, nada más natural: os espero en mi palacio, señor Conde, para daros la cumplida satisfaccion que os debo: nos pagareis la visita.

LOS DOS. Pero...

AMELIA. Ni una palabra más.

GENER. (Oh! es preciso el sacrificio!)

AMELIA. General, dadme el brazo hasta el carruage que ha quedado lejos de aqui y á donde me espera

Arturo, y me siento bastante débil.

GENER. Estoy á vuestras órdenes. (Mañana os, probaré señor Conde, si para el corazon hay ley.)

ALBERT. Nunca! no es posible!

AMELIA. General.....

GENER. Vamos!

AMELIA. Os esperaré, señor Conde?

ALBERT. Dios dirá!

AMELIA. Dios querrá!! Vamos! (*Vase.*)

ALBERT. Oh murió la esperanza mia! todo, todo lo perdí!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

PERSONAGES DEL ACTO TERCERO.

AMALIA.
CAROLINA.
EL GENERAL.
ALBERTO.
ARTURO.
UN CRIADO.

ACTO TERCERO.

Gabinete en casa del General.—Puertas al fondo y laterales. Muebles de lujo.

ESCENA PRIMERA.

EL GENERAL.—ARTURO.

GENER. Conque estás por fin decidido á emprender otra vez tu viage para la Italia?

ARTURO. Sí, General. Dejemos al tiempo que detalle los acontecimientos, ya que no es posible fijar mi destino con vuestra hija.

GENER. Las leyes de la naturaleza hay que respetarlas hasta cierto punto. Vosotros teneis una misma edad, y sin embargo, pensais y sentis de un modo contrario. A tí te enloquece la bulla de las grandes poblaciones, y á ella le turba y asusta, sin ser gazmoña ni hipócrita. Posee un buen talento, y apetece la vida del claustro, mientras á tí te parece chico el universo. Bravo! Ya ves que seria imposible avenencia con tan distintos caractéres.

ARTURO. Por eso mismo he determinado aceptar vuestro ofrecimiento, acompañando á vuestro señor hermano en su viage de recreo.

GENER. La Italia es un bellísimo pais, lleno de poesia y de grandes recuerdos en la historia de todas las edades. Su cielo es trasparente y hermoso, y allí bajo esa techumbre tersa y llena de luz, podrás educar tu alma en el estudio, á la par que re-

crear tu entendimiento. Sé fiel cronista en tus viajes, y acaso puedas arrojar un dia, desde el fondo de tu papelera, una obra útil, y que puedas titular, «los viajes del jóven Arturo.»

ARTURO. Ah! si!

GENER. Todo lo puede la aplicacion del hombre. Arranca sus arcanos á las catacumbas de la antigua Roma: analiza los misterios del Vaticano. Canta despues la gloria del gran historiador guerrero Júlio César; llora sobre su rasgada púrpura imperial, manchada con su propia sangre; pasa á llenar de flores la tumba de Virgilio; dibuja desde las aguas de Nápoles, las erupciones del Vesubio; y vete, en fin, remero que muere de amor, á entonar una sentida barcarola en el fondo de una misteriosa góndola, tendida en un canal de la antigua Venecia. La vida de la coqueta de Paris ya la conoces algo. Estudia en otros paises. Tus años son un rayo de oro que va á penetrar en las tinieblas de la edad.

ARTURO. Y vos?

GENER. Yo?.. Yo he visto ya bastante y soy completamente feliz. Esta noche nos despediremos.

ARTURO. Siempre vuestro.

GENER. Siempre cuento con tu cariño. Ya tengo las cartas que has de llevar á mi hermano y á mis amiges de Lóndres. Mi secretario te acompañará. Quiero que tengas á tu lado un amigo de tu edad, para que hableis el mismo lenguaje, y para que te ayude en tus investigaciones. Dale ensanche así á tu alma y rienda suelta á tu imaginacion, que se despierta con tan bellas y poéticas ilusiones; puede que algun dia le parezca á mi hija pequeño el convento para ella; que á tí te parezca el mundo demasiado grande, una vez satisfecha tu ambicion; y puede que de este modo os encontreis de la mano en un mismo sendero de la vida, y si entonces os amais...

ARTURO. Oh! Seria toda mi felicidad!

GENER. El tiempo dirá.

ESCENA II.

EL GENERAL.

Está sentado en una butaca leyendo periódicos y escribiendo algunas cartas.

Sí, yo mismo lo he dicho: «la verdadera ley es la de la razon y del juicio.» Pues bien; yo haré que impere esta verdad emanacion de Dios: yo mataré con mano fuerte este amor inmenso, este delirio de la razon; sí... (*Dictando.*) Hermano querido: que en mi palacio se hagan los preparativos para recibirme, pues dentro de muy pocos dias seré con vosotros. Carolina desea volver al convento; os escribiré el dia que salga de esta córte: que su preceptora nos espere en un carruaje en el camino de Lóndres. Adios.»—Tu hermano, Luis.»—Bien.—«Al Marqués del Asilo, en su palacio en Lóndres.» (*Toca una campanilla y se presenta un criado.*)

CRIADO. Señor?

GENER. Estas cartas, para mi correo. Pregunta á mi secretario, si un documento que debia traerle mi notario, está en su poder; si es así, traedmele al instante, ¿lo entendeis?

CRIADO. Perfectamente, señor.

GENER. Andad!

CRIADO. Voy al momento. (*Váse.*)

ESCENA III.

EL GENERAL.

Buen Guzman! Si tu sombra se levantara desde los campos de batalla como un anatema que culpara esta pasion terrible de la cual es presa tu hermano, tu amigo, tu compañero de armas, por el cual perdiste la vida como héroe; si tu mano fiel y cariñosa se apretara aquí entre las mias, y me condujera hasta el fondo de mi retiro, el viejo general San Marin seria hoy me-

nos desgraciado: descansa en paz, ya que no he podido pagarte mi deuda ni tu cariño. Vive Dios que la vida es un embuste de oro!

ESCENA IV.

Dicho.—CAROLINA.

CAROL. General?..

GENER. Ven, hija mia! cómo sigue la Condesa?

CAROL. No me he separado un solo instante de su lado, y está bastante bien. La noche, dice, que ha sido un poco molesta, pero apenas se le conoce la fatiga: está tan hermosa! Un poco falta de color, pero encantadora.

GENER. Encantadora!.. Oh! sí!

CAROL. Buena eleccion habeis tenido, padre mio! Cuánto sentí no haber asistido á la ceremonia del enlace. Estaria lo mejor de Madrid?

GENER. Muy pocos asistieron, hija mia, pues nuestros desposorios tuvieron lugar en el castillo de tus abuelos, en el oratorio que se conserva: quise alejar toda pompa, para respetar así el dolor de Amelia por la muerte de su tia la Condesa de Monti-chelo. Su hermano tambien estaba en Roma...

CAROL. Es verdad.

GENER. De modo que nuestra corte fué pequeña aunque regocijada.

CAROL. Dispensadme, padre mio; teneis hoy la espresion más severa que otras mañanas.

GENER. Sí; puede ser, pero no...

CAROL. Los disgustos de la Condesa tal vez...

GENER. Sí, eso es!

CAROL. Me ha dicho que queria hablaros al momento... y apropósito, he tenido la dicha de encontraros. Oh! Si todo en el mundo saliera á deseos de uno!

GENER. Por ventura tienes ambicion de...

CAROL. De todo y de nada, y sin embargo, el corazon esperimenta un vacío!

GENER. Tú? esplícate! Qué pena puede atormentarte,

cuando empiezas á respirar el ámbar de la vida; cuando tu cáliz se abre á los primerós rayos de un sol naciente; cuando aun no has sentido el aire del mundo!

CAROL. Pues ahí verás, padre mio; será tal vez defecto del corazon. El lujo de vuestros palacios, los millares de luces que arden en vuestros caprichosos candelabros de cristal y oro, vuestras alfombras aterciopeladas con pájaros de mil colores; vuestros azafates de flores cortadas, y vuestros ramos de jazmines y adelfas que jimen mutiladas en aristocráticos vasos del Japon, no tienen más encanto ni más poesia para mi alma, como la sublimidad de mi retiro.

GENER. Sigue, hija mia, sigue...

CAROL. Préstame atencion.

GENER. Sí!

CAROL. El modesto abrigo que entapiza el pavimento de mi celda me gusta más, porque el lujo me fatiga; prefiero á esos torrentes de fuego que cruzan los salones y se quiebra en vuestros mágicos y diabólicos espejos, la azulada y tranquila luz de mi trasparente lámpara de porcelana. A vuestros ramos que jimen prisioneros y atados, el campo libre de mi pequeño y gracioso jardin, en donde rosas y violetas, azucenas y claveles se columpian retozando al frescor de la mañana, regalándome una ola de perfume cuando abro mi ventana para saludar al dia. Esta animacion de la corte me turba, me ostiga el pensamiento; créelo, padre mio; el estudio, el rezo, mi pequeño jardin, el recuerdo de mi adorada madre y tu entrañable amor, son toda mi felicidad y toda mi ambicion.

GENER. Oh! hija mia!

CAROL. Lloras, padre mio?

GENER. Son unas cuantas gotas de rocio que han refrescado mi alma. (Oh! las edades están aquí trocadas! bien decia el Conde: para el corazon no hay ley! Aun me sobra fuerza para contrarrestar este vicio del corazon!)

CAROL. Perdona, padre y señor!

GENER. Luego si volvieras al retiro con tus amigas?..

CAROL. Oh! qué alegria! Serian mis sueños. Fuego es el mundo y su aire me quema, señor.

GENER. No se comprende... á tu edad!

CAROL. Qué quieres, para el corazon no hay ley!

GENER. Oh! no pronuncies esa frase jamás! El corazon tiene la ley de la razon y la ha puesto en tí que apenas cuentas diez y ocho años: privilegio que solo se adquiere á los sesenta. Tú dices bien; el retiro tiene más atractivos, que el torrente impetuoso del mundo, cuando no pesa en la vida ningun remordimiento.

CAROL. Con el permiso del General voy á mi tocador, pues me están echando de menos unas cuantas florecillas, que suspiran de amor por mí! General, quedad con Dios. Hasta luego padre mio! (*Váse.*)

GENER. Adios Carolina. Adios hija mia!

ESCENA V.

EL GENERAL.

Sí, el retiro... la paz del corazon... la tranquilidad en el espíritu... Lo mismo que yo hubiera aconsejado á mi hija si hubiera sido víctima de una pasion, es lo que he escuchado de su boca, sí, lo mismo! Casualidades misteriosas que se convierten en arcanos impenetrables para la vista del hombre! Concluyamos!

ESCENA VI.

Dicho.—UN CRIADO.

CRIADO. Señor?

GENER. Qué quieres?

CRIADO. El secretario de Vuecencia me ha encargado estos papeles para vos.

GENER. Bien: veamos. Esto es; están en toda regla. La donacion de este palacio con los documentos necesarios. Exacto ha sido por vida mia.

CRIADO. Tiene Vuecencia alguna órden que darme?

GENER. No. (*Váse el criado.*) Vamos ahora á ver á la Condesa: pero ella se acerca, esperemos.

ESCENA VII.

GENERAL.—AMELIA.

GENER. A vuestros piés, Condesa.

AMELIA. Buenos dias, General.

GENER. Cómo os sentís?

AMELIA. Bien. Os doy gracias por vuestro cuidado. Quiere concederme Vuecencia diez minutos de atencion?

GENER. Quién resiste á tanta ceremonia? Me pesa por cierto vuestra severidad.

AMELIA. Es mi caracter, lo sabeis. Es inútil que os dé una esplicacion del por qué fuí á casa del Conde, porque ya sabeis quién me avisó de vuestra presencia allí.

GENER. Soy vuestro, hablad.

AMELIA. Dispensadme si tomo la fecha un poco atrasada, pues es precisa ésta para mi relato. Sirva esto de preámbulo.—Cuando vos, General, llegásteis de Lóndres á la córte de España, estaba mi mano prometida al coronel don Cárlos de Mendoza, por mi señora tia la Condesa de Monti-chelo, que á la sazon se hallaba enferma de gravedad. Aquella promesa se me impuso como razon de conveniencias de familia, y acaté tal precepto. Yo amaba á un hombre más que á mi vida; pero era, por desgracia, imposible para mí la posesion legítima de ese amor, y le dí tortura en mi corazon, y lo sepulté en un abismo sin fondo, donde únicamente veian los ojos del alma y del pensamiento.

GENER. Continuad!

AMELIA. Todo lo que voy á deciros lo sabeis tambien como yo; pero es precisa la rectificacion de los hechos para que podamos esplicarnos. El hombre que habia inspirado en todo mi ser aquella pasion, supe, despues que le amaba, que pertenecia legítimamente á la Baronesa del Sillar...

(Pausa.) Aquella historia de mi amor, que ha formado despues la página de toda mi vida, no tiene ni un lunar!

GENER. Perfectamente, Condesa. Dispensaos de fatigar vuestra memoria.

AMELIA. Gracias. Abro aquí una fecha en blanco de mi narracion, pues por motivos que todavia ignoro, supe que mi prometido, el Coronel don Cárlos de Mendoza, habia dado muerte en un desafio á Alberto de Guzman, objeto entonces de mi amor.

GENER. (De Guzman! Oh!)

AMELIA. Qué?

GENER. Nada, seguid, os escucho. (Si fuera él!)

AMELIA. El Coronel se disculpó por escrito con mi señora tia, y marchó á París. Hace un año leí en los periódicos que se habia casado. Estos eran y son los datos que tengo de los personages de aquella historia. Sin embargo, mi reputacion ya padecia, y mil cuentos corrieron por Madrid cuando vos llegásteis, General. Visitásteis á mi tia á nombre de vuestro señor hermano el Marqués del Asilo, y á los pocos dias pedísteis mi mano, y...

GENER. Y vuestra tia me la concedió, llenándome de felicidad.

AMELIA. Antes de aceptar el honor que me ofreciais, os esplíqué mi historia, os conté mis amores y os pedí un plazo de cuatro años que cumplia ayer.

GENER. Sí, Condesa; pero vuestra tia daba muy pocas ó ningunas esperanzas de vida y no podia aguardar al plazo, fué preciso valernos de una mentira.

AMELIA. Mentira que esta noche me ha costado muchas lágrimas, al ver la posicion tan falsa en que me he colocado.

GENER. Mentira fué muy precisa entonces.

AMELIA. Efectivamente, General. Mandásteis á mi hermano á Roma, y nosotros despues de estar algunos dias fuera de Madrid, supusimos nuestro enlace, y á la vuelta de mi hermano y la llegada de vuestra hija del monasterio de donde se educaba, hemos supuesto vuestra boda en un

castillo de vuestros antepasados... Oh! (*Con abatimiento.*)

GENER. Y bien. ¿Teneis el menor motivo de ofensa por mi parte?

AMELIA. No!

GENER. No he sido siempre vuestro padre?

AMELIA. Sí, General, pero al mundo no le basta eso, y anoche cuando el plazo por mí pedido, finaba, el hombre que yo creia muerto, se presentó á mis ojos: yo me he puesto en evidencia con todo el mundo, y cuando habeis ido á pedirle una aclaracion de su presentacion en vuestra casa, le habeis dicho á ese hombre. «La Condesa de Monti-chelo no es mi esposa. Yo no he llevado á esa mujer al altar!»

GENER. La fatalidad os llevó precisamente cuando no pude concluir la frase; mi intencion era laudable, iba á sacrificarle mi amor.

AMELIA. ¿Pero no comprendeis que no siendo vuestra esposa á los ojos de ese hombre, he vivido cuatro años á vuestro lado... ¿Con qué título quereis decirme..?

GENER. Oh! es verdad, ni aun sospechaba esa maldad!

AMELIA. ¿Tendrá el Conde tanta virtud en su alma para que pueda creer en la pureza de mi honor? El ídolo que inocentemente habeis arrastrado por el suelo, querrá ese hombre levantarlo ileso á costa de su amor y, mostrarlo al mundo? Ni pensais tampoco que la víctima no se levante potente y pura desde ese escombro de espinas cubierto de flores, y que se vindique en el altar de la conciencia pública. Pues bien, señor General, yo me levantaré limpia de toda culpa y saldré al paso de mi destino para apurarle con valor aunque sin osadia. Cuando se duda de una mujer, ya se la acusa, se la condena! Vuestra revelacion ha sembrado la duda en el corazon de Alberto, y la virtud se levanta jigante para arrancar de su pecho la acusacion que me infama. Yo, Condesa de Monti-chelo, soy vuestra esposa, y por consiguiente á la generala San Marin le toca recibir al Conde: si la pasion que supo inspirarme ese hombre, me mata de dolor,

cúmplase mi destino! nada importa; mi virtud habrá vencido! Ahora, General, dispensadme: necesito soledad en mi reposo: respetad á la pobre huérfana!

GENER. No quiero molestaros por más tiempo, señora.

AMELIA. Sois desde ahora el árbitro de mi futura suerte.

GENER. (*Con arrebato.*) Me lo prometeis?

AMELIA. Os lo juro.

GENER. Tengo vuestra palabra!

AMELIA. Teneis mi juramento!

GENER. Adios, Condesa. (Ya sé cuanto me resta que hacer. (*Vásc.*)

ESCENA VIII.

AMELIA.

Oh! dadme valor, Dios mio, para la lucha horrible que vá a soportar mi alma. Haced que mi amor quede oculto en la cabidad en donde existe, y que no asome en mi mejilla ni una ráfaga de su calor... Ah!

ESCENA IX.

AMELIA.—EL CRIADO.

CRIADO. Señora?

AMELIA. Quién?

CRIADO. El señor Conde del Mar desea hablaros.

AMELIA. Decidle que pase al momento.

ESCENA ULTIMA.

AMELIA.—ALBERTO.

AMELIA. (Valor, corazon!)

ALBERT. Señora.

AMELIA. Ya os esperaba, señor Conde.

ALBERT. Os agradezco la exactitud, y dispensad la mia, pues mi visita es visita de despedida.

AMELIA. (Dios!) Os marchais?

ALBERT. Sí, Condesa: paso al vecino imperio, y por no faltar al deber de buen caballero, he decidido no marchar sin ofreceros mis respetos.

AMELIA. Me prometeis por esa fé que habeis invocado en este momento, decirme si creereis todo cuanto os diga, antes de que salga de mis lábios?

ALBERT. Condesa!

AMELIA. Decid!

ALBERT. Permitidme...

AMELIA. Vuestras reticencias ofenden primero á una dama que os pide... despues hace bastardo un sentimiento que tratais mal de disimular, porque os domina en este momento.

ALBERT. Condesa...!

AMELIA. Habeis perdido la fé de la virtud?

ALBERT. Señora, yo creia en todo y me ha costado una parte de la vida el convencerme de que hay verdad en pocas cosas.

AMELIA. Hablemos desembozadamente, Alberto.

ALBERT. ¡Ah!

AMELIA. Creeis que soy ó no la esposa del General? Miradme bien, ¿á quién dais crédito, á la acusacion del General ó á mi palabra?

ALBERT. Oh! si Amelia! á vos os creo, porque vos sois lo único que he creido en la vida, ó por mejor decir, todo lo he creido por vos!

AMELIA. Pues yo os he mentido!

ALBERT. Amelia!

AMELIA. Sí, os he mentido tambien porque mi destino fatal ó los acontecimientos lo han querido así; pues bien, respondedme, como si estuviérais al pié de la confesion; poned la mano en vuestro pecho que late demasiado en este instante; poned la verdad en vuestros lábios, y respondedme, porque de vuestra respuesta pende la felicidad de mi vida. ¿Creeis que el limpio cristal en que se reberbera mi existencia de mujer, tenga un átomo del cieno del delito? Creeis que soy tan pura y tan digna sin ser la esposa del General San Marin, como lo fuí á vuestros ojos, el dia en que nuestras almas se hablaron?

ALBERT. Si, Amelia.

AMELIA. Oh! gracias

ALBERT. Sí, os creo digna de todo. Oh! por piedad la lucha que me ofreceis, no tiene compensacion?

AMELIA. Sí, Alberto, tiene la compensacion de un amor, que no existió para nadie en la vida, más que para vos.

ALBERT. Oh!

AMELIA. Amor tan sin mancha ni pecado que se eleva hasta el trono de Dios, amor purificado con el tiempo, los desengaños y la ausencia; amor inmenso, voraz, sin límites, que alimenta mi existencia; amor que no mata por ser tan puro.

ALBERT. Amelia!

AMELIA. Sí; Alberto, te amo! Te adoro y ahora que mi corazon se ha levantado de su tumba para saludarte en su despedida, abre el mismo la tabla de su sepulcro y vuelve á encerrarse puro, para no existir jamás..! Hasta este momento soy libre y honrada; el General San Marin ha sido únicamente mi amparo en mi horfandad: hoy es el árbitro de mi suerte, desde ahora soy la esposa del General. Tiene mi juramento.

ALBERT. Oh! no; es imposible! seria emponzoñar dos existencias!

AMELIA. La virtud necesita sacrificios, nada hay mejor que ser honrada.

ALBERT. ¿Vais á rasgar en un momento todos los recuerdos de nuestro amor?

AMELIA. Oh! me estais martirizando! voy yo misma á quebrar el baso que contiene ese perfume, para que vuele á la altura; ya lo veis hecho y venzo! (*El General al paño.*)

GENER. (Oh! es demasiado!)

ALBERT. ¿Con que tengo que renunciar á la felicidad?

AMELIA. Sí! como yo.

ALBERT. Ahora que libre podia contar á uuestro lado una existencia tranquila y dichosa, tengo que volverme de frente á la llama que me abrasa y pasar por ella con la resignacion de un mártir, y quemar llorando mi más preciosas ilusiones?..

AMELIA. Sí, como yo! teneis que decirle á los ojos que no miren y al alma que no sienta; y que ese amor de los dos, quede envuelto en un suspiro

para que el tiempo lo gaste en su tránsito desvastador. El noble anciano tiene mi juramento, y yo jamás seré perjura. Respeto á esa vida gloriosa! Respeto á esas canas venerables!

ALBERT. Y mi condenacion?

AMELIA. El anciano General es mi esposo, y yo seré un reflejo de su gloria.

ALBERT. Oh! padre mio! Tú tambien moríste bajo la sombra de tu bandera, y ni aun tu gloria puede acompañarme en este instante.

GENER. (Sí, él es!)

ARTURO. Su gloria y su nombre nos separa; sea para nosotros toda esa virtud, él es mi amparo.

ALBERT. El es hoy vuestro...

GENER. Él es, su padre; señor Conde!

LOS DOS. El General!

GENER. El General San Marin, con la cabeza descubierta y la mano sobre el pecho, os jura bajo su palabra de honor y por la gloria de vuestro padre Alberto de Guzman, muerto en el campo de batalla en mis brazos, que solo he sido el padre de Amelia en los cuatro años que quedó huérfana. Ahora que soy el árbitro de futura suerte, quiero pagar á vuestro padre la vida que perdió en mi defensa, y ceder á la juventud, lo que es de la juventud... Os entrego la mano de lo que amo tanto, de lo que... hé dicho mal... el corazon de un hombre de sesenta años, debe tener como el del jóven, una sana razon que sepa equilibrar lo justo y posible de sus deseos. ¿Qué seria de la sociedad, si para el corazon no hubiera ley? Tomadla, señor Conde... á vos os la entrego, á tí te la doy, hijo de mi hermano Alberto de Guzman. Sé tu su esposa, yo seré su padre, tomad.

AMELIA. ¿Qué encierra ese pliego, General?

GENER. Mi regalo de boda.

Aprenda el mundo en los dos,
pues nadie en la humana grey
yendo del placer en pos,
dirá sin que ofenda á Dios!
«Para el corazon, no hay ley.»

FIN DEL DRAMA.

para que el tiempo lo gaste en su tránsito devastador. El noble anciano tiene mi juramento, y yo jamás seré perjura. Respeto a esa vida gloriosa! Respeto a esas canas venerables!

ALBERT. Y mi condenación!

AMELIA. El anciano General es mi esposo, y yo seré un reflejo de su gloria.

ALBERT. Oh! madre mia! Tu también morirás bajo la sombra de tu banderas, y ni aun tu gloria puede acompañarme en este instante.

GENER. (Sale al oeste.)

ARTURO. Su gloria y su nombre nos sobran; sea para nosotros toda esa virtud, el es mi amparo.

ALBERT. El es hoy vuestro...

GENER. El es, su padre; señor Conde!

LOS DOS. El General!

GENER. El General San Martin, con la cabeza descubierta y la mano sobre el pecho, os jura bajo su palabra de honor y por la gloria de vuestro padre Alberto de Lusman, muerto en el campo de batalla en mis brazos, que solo he sido el padre de Amelia en los cuatro años que quedó huerfana. Ahora que soy el árbitro de futura suerte, quiero pagar a vuestro padre la vida que perdió en mi defensa, y cuidar á la juventud, lo que es de la juventud... Os entrego la mano de lo que mas tanto, de lo que... de dicho mal... el corazon de un hombre de sesenta años, debe tener como el del joven, una sana razon que sepa equilibrar lo justo y posible de sus deseos. ¿Que sería de la sociedad, si para el corazon no hubiera ley? Tomadla, señor Conde... á vos os la entrego, á ti te la doy, hijo de mi hermano Alberto de Lusman. Se tu su esposa, yo seré su padre, tomad.

AMELIA. ¿Que encierra ese pliego, General?

GENER. Mi regalo de boda.

Aprenda el mundo en los dos,
pues nadie en la humana grey
sondo del placer en pos,
dirá sin pie ofenda á Dios:
«Para el corazon, no hay ley!»

FIN DEL DRAMA.

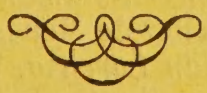
DRAMAS Y COMEDIAS.

DE UN ACTO.

Amores volcánicos.
Cada oveja con su pareja. (Primera parte.)
Cada oveja con su pareja. (Segunda parte).
El Colmado del Puerto.
La esperanza de dos mundos, loa.
Soleá la Trianera.
Suegra, marido y rival.

DE TRES Ó MAS ACTOS.

¡A escape!
Deudas pagadas.
El artista vale más.
El ausente en el lugar.
El paraiso perdido.
El ramo de oliva.
El sitio de Zaragoza.
El tejado de vidrio.
Hija y madre.
La aurora de la fortuna.
La bola de nieve.
La rica hembra.
La rosa y el pensamiento.
Locura de amor.
Lo de arriba abajo, ó la Bolsa y el Rastro.
Las Biografías.
Las colegialas son colegiales.
¿Para el corazon no hay ley?
¡Por ella!
Virginia.



COMISIONADOS DE LA ADMINISTRACION DE AUTORES DRAMATICOS Y LÍRICOS.

Adra, F. A. Robles.—*Albacete*, R. S. Perez.—*Alcalá de Henares*, E. Altés.—*Alcoy*, Payá é hijos.—*Algeciras*, R. Muro.—*Alicante*, A. Lloret.—*Almagro*, A. Vicente Perez.—*Almería*, L. Iribarne.—*Andújar*. D. Caracuel.—*Antequera*, J. M. Casaus.—*Aranda*, M. M. Fontenebro.—*Aranjuez*, J. M. de Prado.—*Avila*, S. Lopez Hernandez.—*Avilés*, V. Sanchez del Rio.—*Badajoz*, J. Martinez y Rino.—*Baeza*, C. Treviño.—*Bailen*, J. Bonet.—*Barbastro*, G. Corrales.—*Barcelona*, A. Saavedra.—*Béjar*, M. Illan.—*Benavente*, P. Fidalgo Blanco.—*Berja*, L. Iribarne.—*Bilbao*, F. Fernandez.—*Borja*, M. Marco y Cadena.—*Búrgos*, T. Arnaiz.—*Cabra*, J. B. Cabeza.—*Cáceres*, J. Valiente.—*Cadiz*, Viuda de Moraleda.—*Calatayud*, F. Molina.—*Cartagena*, J. Pedreño hermanos.—*Castellon*, M. Segarra.—*Ceuta*, J. Molina é Ibañez.—*Chiclana*, M. Alvarez Sibello.—*Ciudad-Real*, Viuda de Gallego y sobrinos.—*Córdoba*, R. Arroyo.—*Coruña*, J. Lago.—*Cuenca*, P. Mariana.—*Daimiel*, R. G. Camarena.—*Ecija*, J. Giuli.—*Estepa*, R. Pereira Gonzalez.—*Ferrol*, J. Lago.—*Figueras*, J. Bosch.—*Gerona*, F. Dorca.—*Gijon*, Crespo y Cruz.—*Granada*, J. M. Fuensalida.—*Guadalajara*, F. Sanchez.—*Habana*, A. Marquez de Sterling.—*Haro*, P. Quintana.—*Hellin*, J. M. Paredes.—*Huelva*, J. de Osorno é hijo.—*Huesca*, M. Guillen.—*Jaen*, N. Hidalgo.—*Játiva*, J. Perez.—*Jerez*, F. Alvarez y Aranda.—*Leon*, M. Gonzalez Redondo.—*Lérida*, E. Blasco.—*Linares*, R. Carrasco.—*Logroño*, C. Verdejo.—*Lorca*, A. Gomez.—*Lucena*, J. B. Cabeza.—*Lugo*, Viuda de Pujol.—*Llerena*, B. Guerrero.—*Mahon*, P. Vinent.—*Málaga*, E. Cañavatte.—*Manila*, A. Olona.—*Manresa*, P. Comellas.—*Manzanares*, R. Peñuelas.—*Mataró* J. Abadal.—*Medina del Campo*, C. Cruz.—*Medina Sidonia*, J. Ruiz Benitez.—*Mérida*, M. de Bartolomé Diaz.—*Monovar*, J. García Anton.—*Mula*, M. de Toro.—*Montilla*, J. Rodriguez Perez.—*Murcia*, T. Guerra.—*Ocaña*, V. Calvivillo.—*Orense*, J. Ramon Perez.—*Orihuela*, E. Bonet.—*Osuna*, V. Montero.—*Oviedo*, B. Longoria.—*Palencia*, G. Camazon.—*Palma de Mallorca*, E. Pascual.—*Pamplona*, J. Rios y Barrena.—*Peñaranda*, N. Hernandez Pizarro.—*Pontevedra*, M. Verea y Vila.—*Puerto de Sta. María*, J. Valderrama.—*Puerto-Rico*, J. Mestre, en *Mayagüez*.—*Requena*, R. Ripollés.—*Reus*, J. B. Vidal.—*Rioseco*, M. Prádanos.—*Ripoll*, L. García.—*Rivadeo*, F. Fernandez de Torres.—*Ronda*, R. Gutierrez.—*Salamanca*, T. Oliva.—*Sallent*, D. Malagarriga.—*San Fernando*, J. Tellez de Meneses.—*Sanlúcar*, J. M. Villar.—*San Sebastian*, I. R. Baroja.—*San Lorenzo*, P. Catalina de Velasco.—*Santa Cruz de Tenerife*, P. M. Ramirez.—*Santander*, P. Basañez.—*Santiago*, B. Escribano.—*Segovia*, J. Sancho Pulido.—*Sevilla*, F. Alvarez.—*Soria*, F. Perez Rioja.—*Talavera*, A. Sanchez de Castro.—*Tarazona*, P. Veraton.—*Tarifa*, J. Moriano Piñero.—*Tarragona*, J. Pujol.—*Tarrasa*, F. Ubach.—*Teruel*, V. Castillo.—*Toledo*, J. Hernandez.—*Tolosa*, J. M. de Lalama.—*Toro*, A. Rodriguez Tejedor.—*Torrevieja*, A. Vela.—*Trujillo*, S. Bravo.—*Tudela*, M. Izalzu.—*Ubeda*, C. Treviño.—*Valencia*, F. de P. Navarro.—*Valladolid*, A. Gutierrez.—*Vigo*, A. Martinez y Forlany.—*Villanueva y Geltrú*, Creus y Bertran.—*Vitoria*, S. Hidalgo.—*Zafra*, A. Oquet.—*Zamora*, M. Conde.—*Zaragoza*, M. Diaz.

La Administracion se halla establecida en la Plazuela de Sta. Ana, 20, bajo.